

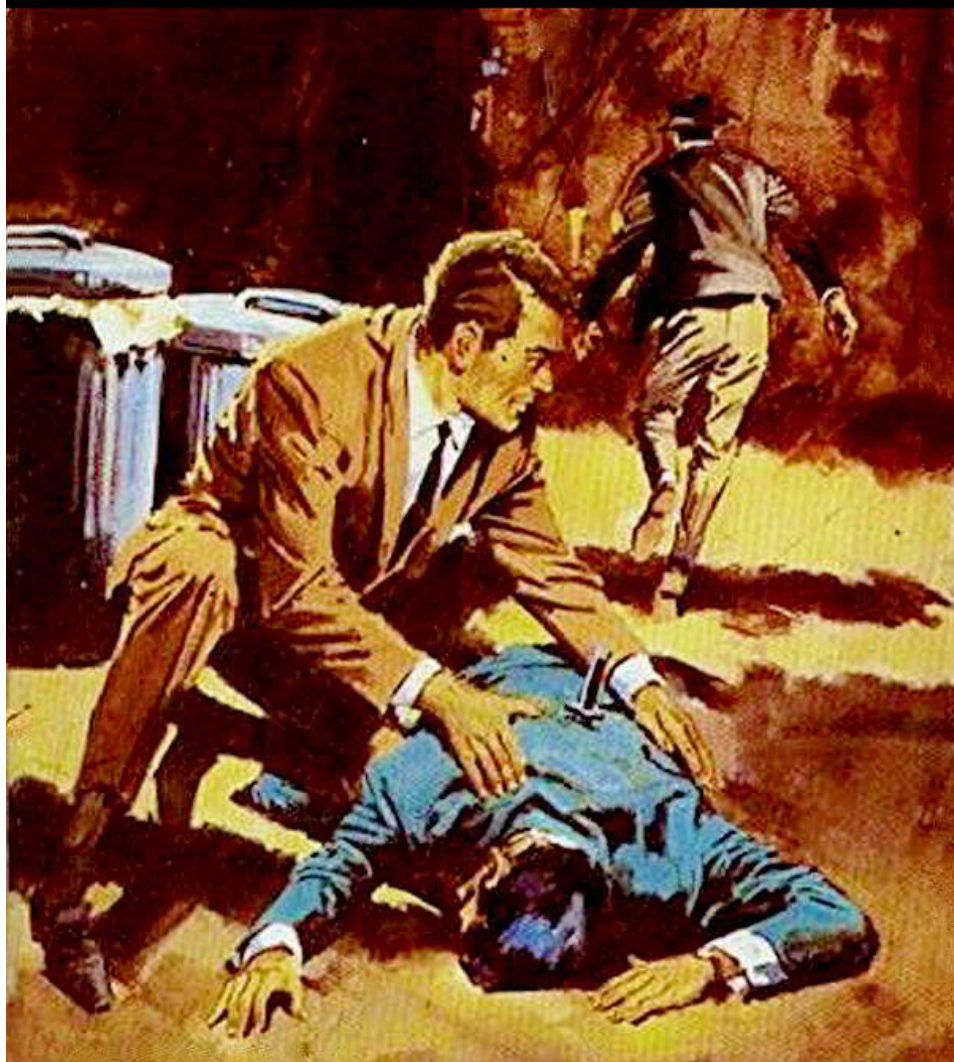
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

EL ESCUDO DEL ASESINO

Clark Carrados



El hombre caminaba por la acera, en aquella zona residencial, poblada de lujosas villas, con grandes jardines alrededor, todas ellas con su piscina y, algunas, incluso, con piscina cubierta y climatizada. Apenas se veían coches en la acera; la mayoría de los propietarios los encerraban en sus garajes. A trechos, se veía un farol que parecía envuelto en una especie de aura amarillenta, debido a la niebla que se deshilaba a ras del suelo.

En la mano, el hombre llevaba un paquete que parecía una caja de cigarros. De pronto, un individuo surgió de detrás del grueso tronco de un tilo, situado equidistantemente entre dos faroles. Esta circunstancia, más la niebla, hacía que la oscuridad resultase casi absoluta en aquel lugar.



Clark Carrados

El escudo del asesino

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1466

ePub r1.0

Lds 28.12.18

Título original: *El escudo del asesino*

Clark Carrados, 1978

Cubierta: Rafael Cortiella

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

El hombre caminaba por la acera, en aquella zona residencial, poblada de lujosas villas, con grandes jardines alrededor, todas ellas con su piscina y, algunas, incluso, con piscina cubierta y climatizada. Apenas se veían coches en la acera; la mayoría de los propietarios los encerraban en sus garajes. A trechos, se veía un farol que parecía envuelto en una especie de aura amarillenta, debido a la niebla que se deshilaba a ras del suelo.

En la mano, el hombre llevaba un paquete que parecía una caja de cigarros. De pronto, un individuo surgió de detrás del grueso tronco de un tilo, situado equidistantemente entre dos faroles. Esta circunstancia, más la niebla, hacía que la oscuridad resultase casi absoluta en aquel lugar.

El primer hombre casi emitió un grito de susto. El otro lanzó una risita.

—No tema —dijo—. ¿Lo ha traído?

—Sí. Aquí está... —La mano que sostenía el paquete se tendió hacia el sujeto.

—Ábralo.

—El dinero está...

—Soy muy desconfiado. Es muy fácil poner una bomba, de las que explotan al levantar la envoltura. Ábralo, repito.

—Como quiera.

Unas manos rasgaron nerviosamente el papel que envolvía la caja y levantaron la tapa. Varios fajos de billetes aparecieron ante los ojos del segundo individuo.

—Está bien. Levante, ahora, un par de fajos de billetes.

—Sigue sin fiarse, ¿eh?

El otro no contestó. Dos fajos de billetes salieron

momentáneamente de su sitio.

—Perfecto. Ahora deje la caja en el suelo. Dé media vuelta y márchese por donde ha venido. No gire la cabeza. Eso es todo.

—Un momento —protestó el portador del dinero—. ¿Qué garantías tengo de que no volverá a pedirme más? Sólo cuento con su palabra... y ni siquiera ha mencionado los documentos que debe devolverme.

—He traído los documentos —contestó el chantajista.

Metió las manos en el interior del abrigo oscuro y sacó un grueso sobre que entregó a su interlocutor.

—Siempre cumplo mis tratos —añadió.

—Está bien. ¡Adiós!

El hombre que había entregado el dinero giró sobre sus talones y echó a andar con pasos rápidos. Recorrió el equivalente a dos manzanas y, de repente, sintió la irresistible comezón de comprobar el contenido del sobre.

Con manos trémulas, rasgó el papel. La luz del farol bajo el que se había situado alumbró durante una fracción de segundo algo que no eran papeles precisamente. Luego brilló un vivísimo relámpago.

Era el fogonazo de la explosión, pero el hombre no oyó el estampido.

* * *

Budd Baxter oyó de pronto un ruido y despertó sobresaltado. La mujer que tenía a su lado en la cama se removió lánguidamente.

—Ven, cariño —dijo.

Baxter aguzó el oído. El ruido ya no se había vuelto a repetir.

—Debe de haber sido un motor en malas condiciones de encendido —murmuró.

—¿Eh? —dijo ella.

Estaba boca abajo, cubierta apenas por una sábana. Baxter la retiró y empezó a pasear el índice por aquella espalda tan bien conformada.

—Quieto, granuja, no me hagas cosquillas... Déjame dormir...

A lo lejos se oyó una sirena policial.

—Oye, no será tu marido —dijo Baxter humorísticamente.

Ella se sentó en la cama, bostezó primero y luego extendió los

brazos. Con el gesto, los senos resaltaron poderosos, agresivos.

—Primero, mi marido no es policía —dijo—. Segundo, no tengo marido.

—¡Oh! —dijo Baxter—. Cuánto me alegro.

—Budd, hay quien dice que el fruto del cercado ajeno sabe mejor —rió ella.

—Pero, a veces, se presenta el dueño y uno tiene que salir por pies, y eso es algo que no me ha gustado nunca. ¿Te importa que me prepare un poco de café?

—¡Oh, claro que no...!

Baxter se levantó y agarró una bata roja, corta, con la que cubrió su cuerpo. Ella se levantó también.

—Te aguardo en la piscina, Budd —indicó.

Baxter estaba ya en la puerta del dormitorio y se volvió, como si le hubiese picado un áspid.

—¿En la piscina... a estas horas y con el tiempesito que hace? —exclamó, estupefacto.

—Sospecho que no has visto del todo mi casa —dijo ella, mientras caminaba hacia una puerta situada en el lado derecho del vasto dormitorio—. Cuando tengas el café preparado, ven por esta misma puerta.

—Sí, cariño.

Se oían más sirenas policiales. Baxter pensó que tal vez se habría producido algún asalto en una de las lujosas villas del barrio.

Cuando tuvo el café preparado, fue, con la bandeja en las manos, hacia la puerta que ella le había indicado. Desde el umbral, contempló el gran cobertizo de cristal, debajo del cual había una piscina de quince metros de largo por diez de anchura. La dueña de la casa nadaba perezosamente en un agua cuya temperatura, calculó, no era inferior a los 22 grados centígrados. La del ambiente interior era de unos 25. A fin de evitar miradas indiscretas, las paredes laterales de cristal estaban cubiertas por unas cortinas, de accionamiento automático.

Junto al borde de la piscina había una mesa y sillas. Baxter puso la bandeja sobre la mesa y se sentó a esperar a que su anfitriona terminase los ejercicios.

Al cabo de un rato, ella salió y empezó a secarse con una toalla.

—Estás asombrado —sonrió.

—Un poco. ¿Café?

—Sí, gracias.

—Es una casa muy bonita.

—Celebro que te guste, Budd. Incidentalmente, ¿a qué te dedicas?

—Tengo una agencia. Recortes de prensa. Marcha bien. ¿Y tú?

Georgia McDonald se echó a reír. Tomó un sorbo de café y luego dijo:

—Algunas mujeres tienen suerte en la vida. Otras no la tienen y han de situarse en las esquinas de las calles, bajo los faroles.

—Ya... ¿Qué más?

—Hice dos matrimonios afortunados. Al primer marido, le saqué medio millón. Prefirió pagar de una vez, y yo también, antes de seguir con la molestia de hacerme pagos mensuales.

—¿Y el segundo?

—Te seré sincera. Ya ando por los treinta y un años. El tenía casi setenta. Y unos veinte millones. Murió, después de dos años de matrimonio. No me casé por amor, Budd.

—Comprendo. Al menos, eres sincera, Georgia.

—Celebro que lo reconozcas así. Por eso dije antes que había tenido suerte en la vida. De lo contrario, en lugar de acostarnos en esta casa, habríamos ido a un apartamento vulgar, ramplón... y luego te hubiese pedido cincuenta dólares.

Baxter había puesto tabaco y fósforos en la bandeja. Encendió dos y pasó uno a Georgia. Era una mujer muy hermosa y, lo que aún la hacía mucho más atractiva, sincera... a veces, brutalmente sincera.

—Bueno, esta casa elimina la posibilidad que acabas de mencionar —dijo—. Y lo que hay en el Banco, me imagino.

Baxter y Georgia se habían conocido en una fiesta, a la que ambos habían sido invitados por un amigo común. Al cabo de unos días, Georgia le había llamado para invitarle a que la acompañase al teatro, ya que tenía dos entradas, pero le faltaba un acompañante de confianza. Luego...

—Y no piensas volver a casarte, me imagino —añadió.

Georgia hizo un gesto negativo.

—Lo dudo mucho. Me he vuelto muy desconfiada —respondió.

—Temes a los cazadotes.

—Sí, ¿por qué negarlo? Supongo que ésas son las consecuencias de haberme convertido en una mujer rica..., pero lo prefiero a callejear. Si un hombre me gusta, me acuesto con él.

Le miró maliciosamente.

—¿Te molesta que hable así? ¡Oh, por supuesto!; no ando buscando a los hombres como una perra en celo. Sólo quería decir que...

—Sí, de cuando en cuando surge un hombre que te gusta y te lo llevas a la cama.

—Lo cual, aunque no te lo creas, no ocurre muy a menudo, Budd. ¿No quieres bañarte?

—¿Te vas a bañar otra vez?

Georgia se inclinó hacia él. La toalla se había caído y sus espléndidos senos rozaron la cara de Baxter.

—Te seré sincera —sonrió—. Lo he hecho solamente para presumir de mujer rica. En realidad, hay algo que me gusta mucho más que bañarme a medianoche.

—Dímelo, por favor.

Georgia agarró una mano de su huésped.

—Ven y te lo diré —contestó, con los ojos muy brillantes.

Baxter se puso en pie. En aquel instante, se oyó el timbre de la puerta.

—¿Quién será? —exclamó Georgia, enojada.

—Si quieres, yo abriré... Anda, ponte una bata.

—Gracias, Budd.

Baxter abandonó la piscina y fue al vestíbulo, desde el que se veía la verja que cerraba el acceso al jardín. Apretó el botón de la cerradura eléctrica, la verja se abrió y un hombre de uniforme, con galones en la manga del chaquetón, avanzó hacia la casa.

—Buenas noches, señor —saludó el policía—. Soy el sargento Cread. Se ha cometido un asesinato, y estamos interrogando a todos los habitantes del barrio, a fin de obtener información. Lamento haber tenido que despertarle a estas horas...

—No se preocupe, sargento; no estábamos dormidos.

Georgia apareció en aquel instante. Cread se llevó una mano a la gorra.

—Buenas noches, señora McDonald —saludó.

—¿Qué pasa, Budd?

—Un asesinato en la vecindad... Sargento, no he oído el nombre de la víctima.

—Según su documentación, se llamaba Harriman Wixen. ¿Lo conocían ustedes?

—No —contestó Georgia.

—El nombre me suena —dijo Baxter—. Claro que yo no vivo aquí, sino en Manhattan..., pero una cosa es que a uno le suene el nombre de una persona y otra que la conozca. Es todo lo que puedo decirle, sargento.

—Gracias, señor...

—Baxter, Quinta Avenida, tres mil doscientos seis.

Cread anotó los datos que le facilitaba el joven. Guardó la agenda y se dispuso a retirarse, después de dar las gracias nuevamente.

—¡Un momento, sargento! —exclamó Baxter—. De sus palabras deduzco que Wixen ha sido asesinado en plena vía pública.

—Así es, señor. Aún no conocemos el procedimiento empleado, pero estamos en condiciones de afirmar que ha sido a consecuencia de la explosión de una bomba.

Georgia sintió un escalofrío.

—¡Qué horror! —exclamó, sin poder contenerse.

—Sí, señora; ha sido horroroso —convino el sargento Cread.

CAPÍTULO II

Los cuatro hombres y la mujer fueron llegando a la casa, con cortos intervalos. Sin llamar, abrían y tomaban asiento en una habitación de modesta apariencia, en torno a una mesa. Cuando todos estuvieron reunidos, se abrió una puerta y un hombre encapuchado entró en la habitación.

—Gracias por haber acudido a mi llamada —dijo, a través de la capucha, que sólo tenía dos aberturas para los ojos. Pero ni aun éstos se podían ver, debido a que llevaba debajo unas gafas coloreadas, de motorista. Sus manos estaban enguantadas y sostenían un maletín, que abrió inmediatamente.

Sonaron varias exclamaciones de asombro. El encapuchado empezó a repartir fajos de billetes.

—Cincuenta mil para cada uno de ustedes —dijo—. Voy a repetirles el consejo habitual: no hagan nada que pueda levantar sospechas entre sus conocidos. Guarden el dinero en sus casas; no lo lleven al Banco. Gástenlo con mesura... y recuerden que si me traicionan, lo pagarán con la vida. Hubo uno que intentó hacerlo y murió de muy mala manera. Antes de matar al traidor, le hice pasar todas las penas del infierno. Duró una semana... y, créanme, no le resultó agradable. ¿Lo han comprendido?

Cinco cabezas se movieron al unísono. El encapuchado continuó:

—La próxima entrevista será en otro lugar, por supuesto.

La contraseña será distinta, naturalmente: Red Shadow. Ahora, dedíquense a obtener informes de la persona que se menciona en este papel.

Las manos enguantadas hicieron aparecer una cuartilla que extendió ante los ojos de los ocupantes de la mesa. El nombre y la dirección estaban escritos con rotulador, en grandes caracteres.

Al cabo de unos segundos, volvió a guardar el papel.

—Pueden marcharse —dijo—. Recibirán noticias mías no antes de un mes. Y yo querré recibirlas de ustedes. Eso es todo.

El encapuchado se retiró. Los cuatro hombres y la mujer se marcharon sucesivamente.

Una hora más tarde, un hombre salió de la casa. El conserje le saludó cortésmente.

—Buenas tardes, señor Wayle —saludó.

Wayle se volvió. Su aspecto no tenía nada de agradable, con aquella horrible cicatriz que le cruzaba la cara desde la oreja izquierda hasta el mentón. Apoyado en el bastón con el que aliviaba, en parte, su pronunciada cojera, forzó una sonrisa.

—Buenas tardes, Bill —contestó.

Wayle salió a la calle y pidió un taxi. El conserje lo vio subir al coche. Fue la última vez que lo vio.

* * *

Repentinamente, cuando menos lo esperaba, Baxter recibió una llamada de Georgia.

—¿Puedes venir? Necesito verte urgentemente...

—¿Suced algo? —preguntó él.

—Será mejor que vengas. No quiero darte detalles por teléfono.

—Muy bien. Iré lo antes que pueda.

Tim Koye, el criado de Baxter, se dio cuenta de que su amo iba a salir.

—¿Alguna llamada... interesante, señor?

—Pues... no lo sé —contestó Baxter, que estaba en mangas de camisa, mientras se dirigía a su dormitorio, para acabar de vestirse—. Es la señora McDonald.

—¡Ah! Esa hermosa dama que tiene la costumbre de bañarse en su piscina climatizada a las doce de la noche.

—Lo hizo para presumir —sonrió Baxter—. Pero es una joven muy simpática y...

En aquel instante, llamaron a la puerta.

—Con el permiso del señor —dijo Koye.

Baxter fue al dormitorio y se puso una chaqueta. Cuando terminaba de pasarse un cepillo por el pelo, oyó la voz de una

mujer en la sala.

—No sé si el señor podrá atenderla, señorita... —objetó Koye.

Baxter se encaminó hacia la sala. Por un momento, había creído que era Georgia, la cual, impaciente por hablar con él, no había tenido paciencia suficiente para aguardarle. Pero, aparte de que aquella hermosa muchacha no tenía físicamente el menor parecido con Georgia, resultaba imposible que ésta hubiese llegado tan pronto, desde su residencia del otro lado del río East.

—Señorita...

—Soy Marilyn Backass —se presentó la chica—. Quizá el nombre no le diga nada, pero estoy aquí, recomendada por el director de la Digest Press, Denis Gray. Lo conoce, me imagino.

Baxter asintió. La agencia era suya, pero Gray la dirigía con entera libertad, sin interferencias por su parte. Se preguntó por qué Gray no le había anticipado nada por teléfono. Tal vez porque era sábado y estaba fuera, pasando el fin de semana en su residencia de los Addirondacks.

—Bien, señorita Backass —dijo—. Celebro mucho conocerla, pero le ruego que sea breve. Tengo una cita...

—No le entretendré mucho. Si quiere, volveré mañana, o el lunes, a la hora que me indique. Pero, al finos, déjeme decirle que soy la hija de Gerald Backass.

—No conozco a ese caballero, señorita. Denis nunca me habló...

—Hacía muchos años que no se veían. Realmente, no se vieron más, desde la última vez que se encontraron, hace seis años, para celebrar el décimo aniversario de su graduación en la Universidad. No obstante, mi padre hablaba del señor Gray con mucha frecuencia y decía que era un verdadero amigo. Lo he podido comprobar cuando fui ayer a visitarle.

—El señor Gray pudo haberme avisado de sus intenciones respecto a usted, señorita —dijo Baxter.

—Le llamó, pero no había nadie en su casa... y él tenía que salir; le esperaba su mujer...

—Muy bien, dejémonos ya de prólogos... ¿Cuál es su problema, señorita Backass?

—Mi padre murió asesinado hace seis meses. La policía no ha conseguido nada todavía. El señor Gray ha sugerido que tal vez usted pueda hacer algo positivo.

—Señorita...

—Déjeme seguir, por favor. A mi padre le pidieron doscientos cincuenta mil dólares. Tuvo que entregarlos, porque le habían amenazado con asesinar a su madre, es decir, mi abuela. La abuela está impedida; hace años que no se mueve de su silla de ruedas, Papá cedió... y la misma noche que entregó el dinero, le pegaron dos tiros. El dinero y el asesino han desaparecido.

Baxter reflexionó un instante.

—Señorita Backass —dijo al cabo—, puesto que, desgraciadamente, su padre ya no pertenece al mundo de los vivos, supongo que cualquier decisión que yo tome respecto a este asunto no resultará demasiado afectada por el hecho de que esperemos al lunes. ¿Quiere volver, a las diez de la mañana?

Marilyn asintió.

—Seré puntual —prometió.

Instantes después, Baxter y Koye quedaban a solas.

—¿Qué opinas, Tim? —consultó el joven.

—En el caso de la señorita Backass, juventud es sinónimo de belleza —respondió el criado.

Baxter meneó la cabeza. Aún tenía delante de sus ojos la radiante imagen de Marilyn: veinte años, figura esbelta, carnes prietas, pelo corto, castaño, ojos claros... Sí, aunque la cara no fuese muy bonita, estrictamente hablando, su misma juventud la hacía aparecer esplendorosamente bella.

—Y también es sinónimo de impetuosidad —añadió, mientras se encaminaba hacia la puerta—. No me esperes levantado, Tim.

—Deseo al señor una feliz velada —sonrió Koye.

—Gracias.

Minutos después, Baxter estaba a bordo de su coche. Salió del estacionamiento subterráneo y enfiló la ruta que debía conducirle a la lujosa residencia de Georgia McDonald.

* * *

Un coche le adelantó treinta minutos más tarde, pero Baxter no hizo el menor caso. Varios kilómetros más adelante, se metió por un camino no demasiado ancho, bordeado de espesa vegetación. De pronto, al salir de una curva, pisó el freno a fondo.

El automóvil que le había adelantado estaba atravesado en el camino. Un hombre corrió hacia él, con intenciones nada amistosas, según podía apreciarse por la pistola que llevaba en la mano derecha.

Baxter abrió la portezuela. Súbitamente, disparó el pie izquierdo y la puerta golpeó las piernas del sujeto, lanzándolo de espaldas al suelo. El otro corrió hacia él.

Baxter se volvió. El segundo atacante llevaba en la mano algo que parecía una porra. Baxter le dejó que iniciase el golpe. Entonces levantó la mano izquierda, asió la muñeca del sujeto y, en el acto, inició un fulgurante giro sobre sus pies, a la vez que usaba, también, la mano derecha para apoderarse del brazo del sujeto.

El individuo voló por los aires y cayó en el centro de un arbusto espinoso, que crujió ruidosamente. Su compañero, a gatas, trataba de recuperar la pistola perdida.

Baxter corrió hacia él y lo agarró por el cuello de la camisa y los fondillos de los pantalones. Llevándolo casi en vilo, corrió hacia el coche atravesado en el camino. Se oyó un ruido hueco cuando la cabeza del tipo se estrelló contra la aleta delantera, en la que apareció inmediatamente una buena abolladura. El rufián se desplomó sin sentido.

Baxter giró en redondo. El otro salía, en aquel momento, del matorral. Antes de que supiera muy bien lo que sucedía, vio al hombre que tenía frente a sí elevarse en un salto de casi dos metros. Un pie se movió velozmente en busca de su mandíbula y quiso esquivarlo, pero ya no tenía tiempo. El terrible puntapié lo lanzó de nuevo al interior del matorral, en donde quedó completamente sin sentido.

El otro hampón fue a parar al mismo sitio. La apariencia de Baxter era más bien corriente, pero muchos se habían engañado al atacarle. Sus músculos bien entrenados poseían una potencia tremenda. El sujeto voló por los aires y fue a caer junto a su compinche.

Tranquilo al respecto, Baxter fue al coche y lo apartó del camino. Para evitarse molestias, le deshinchó un par de ruedas. Luego volvió al suyo y continuó el viaje momentáneamente interrumpido.

Una doncella, bastante atractiva, recibió a Baxter, y dijo que iba a avisar a la señora. Georgia apareció a los pocos instantes.

—Budd, cuánto me alegro... —dijo tendiéndole ambas manos. Por encima del hombro, añadió—: Elisa, puede marcharse; hoy no la necesitaré en absoluto.

—Bien, señora —contestó la doncella, situada a pocos pasos de distancia.

—Si lo desea, use el coche pequeño.

—Gracias, señora.

Baxter no dijo nada. En torno a los bellos ojos de Georgia había unos círculos oscuros. Ella estaba muy pálida. Era evidente que había pasado una mala noche. Y, también, el resto del día.

—¿Qué quieres beber? —invitó Georgia.

—Un *bourbon*, gracias.

La sala en que se hallaban estaba decorada por un artista. Todo uno de los lados era cristal y daba a la piscina cubierta. En un ángulo había una gran barra, detrás de la cual se situó la dueña de la casa, elegantemente ataviada, aunque con una discreción que no era habitual en ella.

—Estás preocupada —dijo Baxter.

Georgia movió lentamente la cabeza.

—Sí —admitió en voz baja.

Baxter adivinó otra cosa.

—¿Crees que te vigilan?

—Sí.

Baxter tomó un sorbo. Alargó la mano hacia una cigarrera y cogió un cigarrillo.

—Entonces, vamos a hacer una cosa —dijo, pasándoselo ya encendido a la joven.

—Lo que tú digas, Budd.

—No hables ahora; vamos a comportarnos como... dos amantes. Nos meteremos en la cama y... ¿Entiendes?

Georgia lanzó un profundo suspiro.

—Espero que me quites el miedo, Budd —dijo—. Siento un pánico horrible...

—Calma, nena; ya estoy aquí. Procura sonreír, pórtate con

naturalidad... Anda, sal de ahí.

Georgia obedeció. Baxter la abrazó y besó con fuerza. Luego, sin romper el contacto, simuló morderle la oreja.

—¿Chantaje?

—Trescientos mil.

—Una bagatela. Dime, ¿tienes algo oculto, o inconfesable, en tu vida?

—Estuve tres años haciendo de puta callejera. Pero no soy la primera que se encumbra.

—Entonces, ¿no temes a que se divulgue...?

—Me importa un rábano. Y el chantaje no es por mi pasado, sino por mi futuro.

—¿Cómo?

—Es el clásico dilema: la bolsa o la vida.

De pronto, Baxter la levantó en brazos.

—En la cama hablaremos mejor..., aunque no tengas deseos de hacer el amor —dijo jovialmente.

Ella le abrazó con evidente desesperación.

—No lo simularemos, Budd, no lo simularemos... Creo que eso será lo mejor para quitarme un poco el miedo...

Por la ventana del lado opuesto a la piscina se divisaba el jardín. Elisa, la doncella, salía en aquel momento, conduciendo un «Volkswagen» azul celeste. La cancela se cerró automáticamente y Baxter y la dueña de la casa se quedaron solos.

CAPÍTULO III

«Empiece a preparar fajos de billetes de a cien dólares, cien por cada fajo y treinta en total, lo que representa una suma global de 300 000.

Tiene dos meses de tiempo, hasta el día 29 de noviembre de este año. La víspera de esa fecha, recibirá una llamada telefónica, indicándole dónde ha de entregar el dinero.

»Muy seriamente, le haré las siguientes advertencias: No avise a la policía, no comunique a nadie el contenido de esta carta, no dé explicaciones en el Banco, mantenga el más riguroso secreto y, por último, no se le ocurra abandonar el país. Tarde o temprano, tendría que volver y pagaría con la vida haber desatendido estas indicaciones. Como igualmente morirá, si no hace caso de las anteriores advertencias.

»Por si toma esta carta como una broma, le mencionaré tres nombres: Mark Cogburn, Gerald Backass y Harriman Wixen. Todos ellos murieron porque creyeron poder burlarse de mí impunemente. No trate de imitarles o seguirá su camino».

Baxter terminó la lectura de la carta, sentado en la cama, y meditó durante unos instantes, todavía con el papel en la mano.

El dormitorio estaba absolutamente cerrado, con las cortinas corridas, e incluso las de la puerta que daba a la piscina, de modo que nadie podía ver lo que sucedía en su interior. Baxter estaba, ahora, dedicado al examen de la carta.

Había sido escrita en un folio, por medio de tipos de imprenta, de goma, análogos a los de los sellos comerciales. Baxter se imaginó a un sujeto, en una habitación alumbrada con una sola bombilla, las manos enguantadas, la imprentilla y el tampón al lado, y eligiendo cada vez una letra, para copiar la misiva escrita antes, seguramente, a mano, con las correcciones necesarias. El borrador habría sido convertido después en cenizas, era lógico.

Georgia, un tanto impaciente, rompió el silencio:

—Budd, ¿no me dices nada? —exclamó.

—Sí. Voy a darte un consejo. Empieza a reunir el dinero.

—Pero... Budd...

—Tienes dos meses de plazo. El hombre que te ha escrito la carta sabe que trescientos mil dólares no se reúnen con tanta facilidad, sobre todo si se quiere actuar con discreción. Por eso te ha dado los dos meses de tiempo.

—Ya... ¿Qué más?

—Vida normal; completamente normal. Asiste a todas las fiestas a que te inviten, sal cuando te plazca... en fin, no alteres para nada tu ritmo *de vida*. Antes has dicho que creías ser vigilada.

—Sí, en efecto.

—Bien, precisamente por eso mismo debes actuar como te digo.

—¿Y después?

Baxter se abanicó con el papel.

—Es curioso —murmuró—. Hoy mismo he recibido la visita de la hija de una de las personas que se mencionan en esta carta.

—¿Cómo?

—Marilyn Backass. Le pidieron doscientos cincuenta mil dólares, con la amenaza de asesinar a su abuela, impedida. El padre de Backass cedió a la amenaza y el día en que entregaba él dinero, lo asesinaron.

Georgia se sentó, de golpe, en la cama.

—¡Dios mío! Entonces, ¿es cierto...?

—Sí.

—Wixen murió muy cerca de aquí. ¿Recuerdas? Estábamos

juntos aquella noche... Quise presumir delante de ti, con mi piscina climatizada... El sargento Cread...

—Lo recuerdo perfectamente.

—He hablado con Cread, después. Wixen había sacado del Banco, en sucesivas ocasiones, trescientos mil dólares. Nadie sabe qué ha sido del dinero, Budd.

—Tendré que averiguar qué sucedió con el primero de la lista, Cogburn. Pero, mientras tanto, tú sigue mis consejos al pie de la letra. ¿Entendido?

—Sí, cariño... Budd...

—Dime, preciosa.

—¿Qué pretende ese hombre? Ni firma tiene... o no la emplea, mejor dicho.

—Lo que ese individuo pretende está bien claro, al menos hasta el momento. Por ahora, ha conseguido la nada despreciable suma de novecientos mil dólares. Si no he perdido la costumbre de sumar —dijo Baxter con una alegre sonrisa.

—Pero... la numeración de los billetes... No son de uno o dos dólares, sino de cien...

—Georgia, hoy día los billetes de cien van que vuelan. Pero aunque se haya tomado la numeración, debes saber que hay cambistas tramposos.

—No entiendo, Budd.

—Es bien sencillo. Si yo tengo un billete de cien dólares y veo que puede comprometerme, se lo entrego a uno de esos cambistas, que me pagará cincuenta o sesenta, en billetes no identificables.

—Y él se encargará de negociar el resto...

—En el extranjero, sobre todo en Suiza, donde lo único que les preocupa es que el billete de cien dólares que entra en uno de sus Bancos sea legítimo.

—Ya entiendo. De modo que si yo doy los trescientos mil, ese tipo puede perder...

—Pierde ciento o ciento cincuenta mil, pero gana el resto, sin necesidad de deslomarse trabajando.

—¡Canalla! —Silabeó Georgia coléricamente—. Es una forma asquerosa de ganar dinero...

—Repugnante. Pero no le demos más vueltas; es preciso hacer lo que él dice.

Georgia frunció el ceño.

—Budd, ya sé por qué ese tipo está seguro de que pagaré —dijo.

—¿Si?

—El cuenta con mi temor a morir, sin duda me ha estado vigilando durante mucho tiempo y me conoce bien. Por lo tanto, especula con mi temor y sabe que le pagaré, para seguir viva.

—Un razonamiento muy lógico —admitió Baxter.

—Pero no sabemos quién es...

Baxter agitó la carta.

—En cierto modo, ha cometido un error —afirmó.

—¿Cuál es el error?

—Ha citado tres nombres de víctimas. Es muy posible, casi seguro, que haya un nexo de unión entre los que murieron.

—¡Ah, ya entiendo! Si encuentras ese nexo de unión...

—Si realmente existe, lo encontraré, y si lo encuentro, puede que descubra su personalidad —contestó Baxter rotundamente.

—Puedes quedarte con la carta...

—No. Guárdatela tú. Es mejor.

—Como quieras.

—Pero que no la encuentre nadie. ¿Qué servidumbre tienes ahora?

—La doncella, Elisa, una mujer de la limpieza, que viene a diario, de las nueve a las tres... y un jardinero, que tampoco duerme en la casa, y que, además, se ocupa de revisar los dos coches. La casa es grande y tengo dinero, pero no me gusta que haya demasiada gente en ella.

—Haces bien. De todos modos, guarda la carta en un lugar donde no sea fácil encontrarla.

Georgia sonrió. Luego se echó hacia atrás, pero quedó con los brazos extendidos.

—Ven, Budd, necesito que sigas calmándome...

—Es una tarea muy agradable —sonrió Baxter.

* * *

El lunes, a primera hora de la mañana, Baxter entró en su cuarto de comunicaciones y se puso en contacto con Denis Gray, el director de la Digest Press, la agencia de recortes de prensa que fundara

años antes y que, ahora, era un negocio de saneados rendimientos.

En aquella estancia, Baxter disponía de líneas privadas de teléfono y televisión con el despacho de Gray. Muy pocos conocían la existencia del cuarto, oculto tras una pared de la sala principal. Por medio de aquellos enlaces, Baxter podía solicitar a su director los informes que precisaba, extraídos de los abundantes archivos de la agencia, que se incrementaban día a día mediante las noticias y fotografías recortadas de todos los periódicos y revistas más importantes del mundo.

El rostro de Gray se hizo visible apenas puso en funcionamiento uno de los televisores.

—Esta vez no he sido yo, Denis —dijo el joven.

Gray sonrió. Conocía el significado de aquel ligero reproche. Siempre estaba quejándose de las aventuras en que tomaba parte el joven, muchas veces por propia iniciativa y sin que nadie le requiriese para prestarle ayuda. Pero ahora, la cosa era distinta.

—Lo sé, Budd —respondió Gray—. Gerald Backass fue buen amigo mío, uno de los mejores. Por eso quiero que hagas lo que puedas en favor de la chica. Fue una canallada...

—De acuerdo, Denis. Pero, dime, ¿conocías tú a un posible enemigo de Backass?

—Hombre... Sus negocios eran muy importantes, aunque no creo que esto sea el motivo para asesinar a un hombre. Sobre todo, después de haber conseguido lo que se pidió, esto es, el dinero. Un cuarto de millón, Budd.

—Sí, lo más parecido a una limosna. Pero el caso es que hubo dos personas muertas en las mismas o parecidas circunstancias: petición de una importante suma, entrega... y luego el asesinato. Los otros dos son, eran, mejor dicho, Mark Cogburn y Harriman Wixen. Mira a ver qué hay en los archivos sobre ellos. Te llamaré luego... No, cuando tengas los datos, si es que encuentra algo, grábalo.

—Conforme. Oye, procura hacer algo por esa chica; yo apreciaba mucho a su padre.

—Descuida.

Baxter apagó el televisor y abandonó el cuarto de comunicaciones. Al salir, tocó un resorte y la pared volvió a su posición normal. Se puso un cigarrillo en los labios. La llama de un

encendedor surgió, en el acto, ante él.

—El señor está muy preocupado —dijo Koye.

Baxter asintió. Confiaba en su criado plenamente. Aunque no le acompañaba nunca en sus aventuras, aceptaba, sin embargo, sus consejos, siempre llenos de sensatez y, muchas veces, clarividentes.

Koye estaba impuesto del caso. Guardó el mechero y añadió:

—Va a resultar muy difícil. El asesino tiene un escudo que hace poco menos que imposible su identificación.

Baxter arqueó las cejas.

—¿Un escudo?

—Sí. Es el escudo del terror que infunde a sus víctimas. Con él se protege, y nadie puede descubrirle..., salvo el señor. Pero el señor ha de permitirme que insista en la dificultad del caso. Del peligro, no digo nada, porque hartó sé que no es cosa que asuste al señor.

—Creo que tienes mucha razón —murmuró Baxter—. La frase es sumamente acertada: el asesino se esconde tras el escudo del terror que infunde a sus víctimas.

En aquel momento llamaron a la puerta.

—Debe ser la señorita Backass, Tim.

—Sí, señor.

Marilyn Backass entró instantes después. Baxter estrechó su mano y le ofreció asiento, tras encargar a Koye que sirviese café. Luego se sentó frente a la muchacha.

—Tenemos mucho que hablar, Marilyn —sonrió.

—Lo que usted diga, señor Baxter.

—En primer lugar, llámeme Budd. Después...

* * *

Aquella misma tarde, Baxter llamó a una puerta. A los pocos segundos, abrió una doncella, elegantemente uniformada y muy atractiva. Baxter le entregó una tarjeta de visita.

—Por favor, anúncieme a la señora —solicitó.

—Bien, señor.

Elaine Cogburn se hizo visible minutos más tarde. Era evidente que había estado retocándose para aparecer con mejor aspecto ante su visitante. Era una mujer de unos cuarenta años, bastante guapa,

pero luchando ya con un más que visible exceso de peso.

—¿En qué puedo servirle, señor Baxter?

—Señora Cogburn, aunque ya ha pasado tiempo, permítame que le exprese mis más sinceras condolencias por la muerte de su esposo. Una muerte trágica, a decir verdad, que deploro muy profundamente.

—Gracias —dijo la viuda—. Para mí fue un terrible golpe... —Sacó un pañuelito y se enjugó los ojos—. El pobre Mark murió de una forma espantosa... Apareció colgado de un árbol...

—Y había ido a entregar una suma de dinero.

—Lo supe después, cuando tuve que intervenir en las operaciones legales, para obtener lo que me pertenecía por herencia. Mark no me dijo nunca que había sacado tanto dinero del Banco...

—¿Sabía si le habían amenazado?

—No, en absoluto. Mark no tuvo jamás enemigos.

De pronto, Elaine alzó los ojos.

—Pero ¿por qué me hace esas preguntas, señor Baxter?

—Dos personas más murieron, en las mismas condiciones que su esposo, señora. Simplemente, investigo esos asesinatos.

—¿Es policía?

—No, señora.

—Entiendo. Un detective privado.

Baxter no quiso sacar de su error a la mujer. El no era un detective privado, sino un hombre que, en ocasiones, investigaba ciertos asuntos, muchas veces sin que nadie se lo pidiese, movido por un afán de justicia que le impulsaba a realizar acciones que otros evitaban.

—Tal vez su esposo tenía enemigos y usted lo ignoraba —apuntó.

—Si era así, Mark no me lo dijo jamás. Lo sabría, créame; estábamos muy unidos... —Elaine sonrió tristemente—. Puede que parezca raro en estos tiempos, pero jamás le fui infiel ni él tuvo otra mujer que yo, desde que nos casamos.

—Acaso había algún pasaje oscuro en su vida...

—No lo creo, señor Baxter.

—¿Le vio preocupado antes de su muerte?

—Los últimos días, sí, bastante. Estaba inquieto, nervioso... Se

despertaba incluso a medianoche y... Bueno, es algo muy íntimo, pero luego lo ha comprendido... Me hacía el amor furiosamente, como si presintiera que iba a morir muy pronto... Yo no lo supe ver entonces; me gustaba, era como si reverdeciésemos los tiempos de la luna de miel...

—¡Un momento! —exclamó Baxter—. Dice usted que su esposo presentía que iba a morir. Bueno, ahora le parece que lo presentía...

—Sí. Ahora estoy segura. Es más, se compró una pistola, cosa que nunca había hecho. Jamás le gustaron las armas de fuego. Cuando le vi la pistola, me disgusté muchísimo, pero él dijo que era necesario...

Baxter creyó comprender los motivos de la compra del arma. Cogburn había simulado acceder a las peticiones del asesino. Incluso había sacado el dinero del Banco, pero no estaba dispuesto a entregarlo. Sin embargo, algo había ocurrido, que le impidió utilizar la pistola como deseaba.

Y había acabado colgado de un árbol.

Backass había muerto de dos disparos. Wixen, destrozado por una bomba. Una muerte distinta en cada ocasión, lo cual eliminaba buena parte de las posibles pistas, producidas por un procedimiento idéntico en las víctimas.

—Mi esposo era un hombre muy enérgico. Nunca se dejaba avasallar por nadie, cuando creía tener la razón —añadió Elaine Cogburn—. Discutía, dialogaba, escuchaba todos los puntos de vista, pero, si tenía la razón, se mantenía firme en sus decisiones.

Eso explicaba la compra del arma. Cogburn estimaba una injusticia tener que entregar semejante suma de dinero y, seguramente también, sabía que el extorsionista no admitiría razones.

—Señora, muchas gracias por sus informes —dijo, ya en pie.

Elaine se levantó. Baxter tomó su mano y la besó galantemente.

—Encontraré al asesino de su esposo —prometió.

CAPÍTULO IV

El lugar era poco menos que desértico. Había algunos solares sin vallar y un cementerio de automóviles. En el borde de aquella zona, había algunos árboles, salvados de la tala poco menos que milagrosamente. En uno de aquellos árboles, se dijo Baxter, había aparecido el cuerpo de Cogburn, colgado de una soga.

Allí se había efectuado la entrega del dinero. Cogburn, sin duda, no había tenido suerte.

Miró a su alrededor. No lejos, a la entrada del cementerio de automóviles se divisaba un barracón, con tejado a dos aguas y chimenea de tubo, de la que salía una leve columna de humo.

Baxter echó a andar hacia el barracón, apoyado en unos basamentos de hormigón, que elevaban su piso a cincuenta o sesenta centímetros del suelo. Cuando llegaba al pie de la escalera de cuatro peldaños que permitía el acceso, se abrió la puerta y un hombre apareció en el umbral.

Era bastante viejo, pero de aspecto vivaracho todavía y con ojos casi ocultos por las arrugas de la edad, lo que no impedía el brillo malicioso de una mirada perspicaz. El pelo y la barba eran ya completamente blancos. Sujeta por los dientes, tenía una vieja pipa de saúco, apagada en aquellos momentos. Detrás del viejo se levantó un perro que, para su condición canina, no parecía más joven que el «amo». El can ni siquiera ladró al ver a un desconocido.

—Le he visto, joven —dijo el pintoresco individuo—. Apostaría algo a que anda investigando el crimen que se cometió aquí hará algunos meses.

Baxter se echó a reír.

—Ganaría usted —contestó. Dio su nombre y añadió—: Sí, en

efecto, estoy investigando ese asesinato.

—Yo me llamo Tuckey Wilkins, pero si dice «señor Wilkins» le echaré a patadas —contestó el hombre—. Entre, amigo; le invitaré a una copa.

—Se agradece.

Baxter observó que el barracón, dividido en dos mitades por una cortina, la cual, seguramente, ocultaba el dormitorio, estaba muy limpio y aseado. En su modestia, aquel viejo sabía mantener una dignidad admirable. Entró, acarició al perro perezoso y se sentó junto a una mesa.

Wilkins trajo una vieja damajuana de barro vidriado y dos tazas del mismo material.

—Lo hace mi hermano, allá en las Ozarks, en Arkansas —dijo—. No hay nada comparable; el de Kentucky y el escocés son una mierda comparado con éste, y usted perdone la palabreja...

—Perdonada, Tuckey —dijo Baxter riendo. Tomó su taza y probó el *whisky*, que le dejó sin aliento un instante, mientras el chorro de fuego líquido bajaba hacia su estómago. Pero, pasada la primera impresión, percibió una sutil fragancia que hacía de aquel *whisky* un licor admirable.

Chasqueó la lengua. Wilkins, en pie, le miraba, esperando su respuesta.

—Sírrame otra, Tuckey —pidió.

—Claro, muchacho —rió el anciano. Después de llenar la taza de su huésped, se sentó—. De modo que quieres saber lo que pasó.

—No. Lo que vio usted —corrigió Baxter.

—Bueno, la verdad es que soy el encargado de cuidar este almacén de chatarra. Me dan una pequeña paga, el alojamiento es gratuito y no tengo demasiadas necesidades. Detesto la radio y la televisión... ¡Oh, Dios, si tuviera el dinero suficiente para retirarme a mi país natal...! Es un paraíso, lleno de árboles, con arroyos por todas partes... Aquí tengo que contentarme con esa media docena de árboles, a cuatrocientos pasos... Pero supongo que mis problemas no te importan. Vayamos al grano, muchacho.

Wilkins sacó tabaco, cargó su pipa y la encendió, mientras Baxter tomaba otro trago. Al cabo de unos momentos, el viejo continuó:

—Aquella noche yo oí un disparo. Pero no me sentía demasiado

bien, por eso no me levanté en los primeros instantes. Tenía un catarro muy fuerte y a mi edad eso no es bueno... Sin embargo, «Dan» es mi perro, ¿sabes?... «Dan» nunca ladra. Aparte de que es viejo, siempre ha sido muy manso... Pero aquella noche se puso muy furioso. Arañaba la puerta, gruñía... La verdad, yo me inquieté y me levanté. Tengo aquí un viejo rifle para defenderme; alguna vez han venido ladrones... No sé qué diablos pueden encontrar en estos montones de chatarra, pero más de una vez he tenido que disparar al aire... La actitud de «Dan» me preocupó, créame. Por eso me levanté, miré a través de la ventana y entonces fue cuando vi al hombre ahorcado y a otro que corría, cojeando, hacia un coche parado a unos cien metros de distancia...

Baxter frunció el ceño.

—Tuckey, un momento. Era de noche, hay doscientos metros... y usted dice que lo vio todo sin salir de casa...

—Muchacho, había luna llena y yo no había encendido la luz. Con luna llena y buena atmósfera; la de este lugar no es la de mi país, pero está más limpia que la de Nueva York... Bien, quiero decir que lo vi todo bastante bien. El hombre colgado ya no se movía. El otro, en cambio, se marchaba cojeando hacia su coche...

—¿Quiere decir que la víctima hizo un disparo y que hirió a su asesino?

—Sí, seguro. Pero la herida en una pierna no le impidió ahorcar a su enemigo. Porque, supongo, sería enemigo.

—En cierto modo. ¿Qué más, Tuckey?

—Eso es todo. Naturalmente, dejé que el sujeto se marchase. Si acudía al lugar donde estaba el ahorcado, podía pegarme un tiro, aunque llevase mi rifle. De modo que dejé pasar algunos minutos... luego fui y el tipo ya estaba muerto. «Dan» ladró mucho aquella noche; supongo que el asesino se le hizo antipático...

Baxter asintió pensativamente. Era muy posible, en efecto, que Cogburn, hombre enérgico, hubiese querido defenderse del expolio. Pero lo había hecho mal y, a pesar de causar una herida a su adversario, había acabado colgado por el cuello.

—Tuckey —preguntó—, ¿vio algún detalle más del asesino, aparte de su cojera?

—Bueno, me pareció alto y delgado..., pero no podía verle la cara. Sin embargo, tiene que ser un tipo fuerte, porque, de otro

modo, no se comprende que, a pesar de estar herido, pudiera ahorcar a su víctima. Creo que primero lo atontó de un puñetazo, luego pasó la cuerda por encima de una lama, la puso alrededor del cuello, tiró y... Es preciso ser fuerte para izar a un hombre que pesa más de ochenta kilos y dejar que sus pies queden a veinte centímetros del suelo.

—Muy cierto —convino Baxter—. ¿Vio algún detalle del coche?

—Era extranjero —respondió Wilkins sin vacilar.

—¿Cómo puede afirmarlo?

—Aparte de que llevaba la capota bajada, lo vi más pequeño que los nuestros y con el morro y la cola redondeados...

—Un «Volkswagen» descapotable.

—Pudiera ser, en efecto. Ahí tengo un par de ellos de ese tipo..., pero el asesino, como es lógico, se marchó con las luces apagadas...

—Tuckey, si estaba herido de bala, iría a algún médico a curarse.

Wilkins hizo una mueca.

—Depende de la herida —contestó.

—Una bala de pistola, en la pierna, sobre todo si es en un muslo, se queda dentro de la carne. Ahí se necesita a un médico.

El viejo se acarició la barba.

—Ahora que caigo... El doctor LeFars apareció muerto dos semanas más tarde. Alguien le había pegado un tiro, pero no se pudo encontrar al asesino...

—¿Sabe usted dónde vivía el doctor LeFars? —preguntó Baxter, muy excitado.

—Sí, le daré su dirección... Puede hablar con su viuda...

—Gracias, Tuckey.

Baxter pensó que había adquirido unos informes muy interesantes. Anotó la dirección que le daba Wilkins y se puso en pie, metiendo la mano en el bolsillo para sacar unos cuantos billetes.

Wilkins le miró irritado.

—¿Por quién me tomas? —preguntó—. ¿Crees que necesito limosna?

Baxter se quedó cortado.

—Tuckey, no se lo tome a mal...

—Guárdate tu dinero. Si no me hubieras caído simpático, no te

hubiera dicho una sola palabra...

—Está bien —sonrió el joven—. Entonces, véndame una damajuana de ese magnífico *whisky* que hace que los demás sepan a jugo de alcantarilla.

Wilkins se echó a reír.

—Sabía que te gustaría —dijo.

Momentos después, Baxter abandonaba el barracón, con la damajuana en la mano izquierda. Caminó unos pasos, se volvió y agitó la mano derecha en señal de saludo. Luego reanudó la marcha, diciéndose que, en efecto resultaría interesante hablar con la señora LeFars.

Subió al coche y arrancó. El lugar estaba bastante alejado de Nueva York, al otro lado del Hudson, en una zona escasamente habitada, ideal para una entrevista sin testigos. Pero el asesino había cometido un error al intentar extorsionar a Cogburn, aunque, finalmente, hubiera acabado saliéndose con la suya. La herida, por supuesto, no había sido grave, ya que no le había impedido ahorcar a su víctima ni escapar, luego, del lugar del crimen, aunque sí se había visto obligado a buscar un médico.

Pero luego, LeFars había sido asesinado. Los motivos eran fáciles de adivinar: podía identificar al asesino. No obstante, había un punto oscuro en aquel crimen: se había cometido dos semanas después de la muerte de Cogburn. ¿Por qué tanto tiempo?

Enfrascado en sus reflexiones, no se dio cuenta de que había sonado un disparo, hasta que oyó el estampido de una de las ruedas delanteras, vacía repentinamente de aire. El coche perdió el rumbo durante unos segundos, hasta que, al fin, consiguió dominarlo, parándolo a un lado del camino solitario. El instinto le hizo tirarse a un lado, justo cuando sonaba el segundo disparo.

* * *

Transcurrieron unos segundos. El silencio era absoluto. Baxter, tendido hacia su derecha, oyó, de pronto, rumor de pasos que se acercaban.

El asesino acudía a comprobar los efectos de sus disparos. De pronto, notó una mano en la portezuela derecha.

Alargó la suya y abrió de golpe, arrojando al sujeto hacia atrás.

Oyó una exclamación de sorpresa, pero no perdió tiempo en disquisiciones. Con el mismo impulso, saltó hacia adelante. Su cabeza golpeó un tórax y, a continuación, dio una voltereta en el aire. Siguiendo su movimiento, se puso en pie de un salto, girando al mismo tiempo.

Su atacante era un hombre algunos años mayor, pero fornido y de rostro cuadrado, en el que todavía se advertía la sorpresa de haber visto el fallo de su segundo disparo. El primero había ido a una de las ruedas, a fin de obligar a la detención del coche y apuntar así mejor, pero sus proyectos no se habían realizado. Al caer, había perdido el rifle. Baxter lo envió debajo de su coche de un puntapié. En los labios del hombre apareció una sonrisa.

—De todos modos, le he obligado a pararse —dijo.

Movió la mano derecha y una navaja automática chasqueó secamente. El asesino se inclinó un poco e hizo un par de fintas. Luego, de súbito, se tiró a fondo.

Baxter saltó a un lado, esquivando aquel furioso tajo. Su mano derecha, al mismo tiempo, se movió de revés, pero empleando el filo para golpear el cuello del enemigo. Sin embargo, éste hizo un movimiento imprevisto y el golpe fue a parar a su hombro izquierdo. Pero se tambaleó y estuvo a punto de perder el equilibrio. Entonces, en lugar de incorporarse, se dejó caer y rodó un par de veces sobre sí mismo. La patada que Baxter dirigía a su costado resultó absolutamente ineficaz.

El asesino se levantó de un salto. Giró de nuevo y volvió a la carga. Cuando la punta del arma llegaba a su estómago, Baxter disparó la mano izquierda, atenazó la muñeca de su adversario y la retorció brusca y velozmente.

La navaja tomó una dirección diametralmente opuesta a la que seguía. Movido por su propio impulso, el hombre continuó hacia adelante y él mismo se clavó el acero en el pecho hasta la empuñadura.

Una expresión de agonía apareció en su rostro. El asesino dio un par de pasos torpes, con la navaja todavía clavada y luego, de repente, dio una media vuelta, muy violenta, y cayó de espaldas.

Baxter torció el gesto. Había sucedido algo que no deseaba en absoluto. Bien era verdad que aquel individuo había querido matarle, pero le habría resultado mucho más útil vivo. La navaja,

hundida a fondo en su corazón, le impediría ya hablar.

Miró a derecha e izquierda. No venía nadie. Se arrodilló junto al asesino y le registró rápidamente. No tardó mucho en encontrar un permiso de conducción a nombre de William Edgard Morrows. Anotó la dirección y dejó todo tal como estaba. Luego, agarró el cuerpo inerte por debajo de los sobacos y lo arrastró hasta el otro lado de unos arbustos. Tardarían días en descubrirlo, se dijo.

Con su pañuelo, para no dejar huellas, sacó el rifle de debajo del coche y lo lanzó entre las matas. Se preguntó dónde estaría el coche del asesino. El lugar era bastante agreste. Había sitios de sobra para esconder un automóvil, pensó, mientras, resignadamente, se disponía a realizar la ineludible tarea del cambio de ruedas.

CAPÍTULO V

La mujer tenía unos cincuenta años, bastantes canas y había abandonado ya hacía mucho tiempo la idea de mejorar su aspecto físico con la ayuda de elementos de tocador. Millicent LeFars miró a su visitante con ojos recelosos y escasa disposición de ánimo, según apreció Baxter.

—Deseo hablar con usted, señora —dijo.

—¿Vende algo?

Baxter se echó a reír.

—En todo caso, compro. —Se puso serio—. Compro informes.

El aspecto de la casa y de su dueña no indicaban prosperidad precisamente. Baxter se dijo cuántas heridas de bala habría curado el doctor LeFars sin avisar a la policía... ¿Y abortos?

Mejor no pensar en ello, las operaciones ilegales que había realizado LeFars, explotando su título médico no habían hecho florecer su hacienda.

—Pase —dijo ella secamente.

Baxter cruzó el umbral.

—Se trata de su difunto esposo. Alguien lo asesinó.

—Le pegaron un tiro y le robaron el dinero —contestó Millicent.

—¿Lo cree así?

—Había en casa unos mil dólares. Después de su muerte, se comprobó que faltaban. También se llevó algunos papeles...

—Usted quedó en mala situación, creo.

Hubo un instante de silencio. Baxter vio codicia en los ojos de la mujer y decidió explotar la situación.

—Señora LeFars, será mejor que nos dejemos de rodeos —continuó firmemente—. A usted, por otra parte, ya no le alcanzan las consecuencias de los actos de su difunto esposo. Pero sí puedo

recompensar sus informaciones.

Sacó diez billetes de a cincuenta y los puso sobre una mesa. Ya le cobraría luego a Georgia los gastos que hiciera.

Millicent se apoderó en el acto del dinero.

—Otros quinientos más —pidió desvergonzadamente.

—Después de que haya contestado a mis preguntas.

—Empiece.

—Su esposo murió dos semanas después de que alguien viniera a curarse una herida de bala en una pierna. ¿Lo vio usted?

—Llegó de madrugada, pocas horas antes de que me marchase a visitar a una hermana que tengo en Wichita, Kansas. Yo estaba dormida. Mi esposo se levantó. Estuvo mucho rato ocupado. Cuando volvió al dormitorio, me enseñó...

—¿Cuánto?

—Cinco mil dólares.

—Antes dijo que faltaban mil...

—Es lo que dije a la policía.

—Entiendo. Usted no quería que se supiese la verdad.

—No. Es que yo me llevé la mayor parte del dinero.

—¡Oh! Continúe.

—El herido tuvo que quedarse en casa. Mi esposo dijo que había tenido que sacarle una bala y que había perdido bastante sangre. Pero no era un hombre, sino una mujer.

Baxter arqueó las cejas.

—¿Cómo lo sabe, si no la vio?

Millicent sonrió.

—Vi unas bragas y un sostén. Ella quedó en una habitación secreta. Mi esposo se ocupó de cuidarla.

—¿Y... no temió que su esposo pudiera traicionarla con esa mujer?

La señora LeFars volvió a sonreír.

—No hubiera podido, ni aunque hubiese sido Marilyn Monroe en persona. Lo sé muy bien.

—Ya.

—El alcohol, ¿sabe? Le había desvirilizado por completo. Para mi esposo, el sexo era un adorno... mejor dicho, un utensilio para eliminar líquido.

Baxter contuvo una sonrisa.

—Usted estaba todavía en Wichita cuando él fue asesinado...

—Sí. Regresé inmediatamente, apenas me avisaron. Pero mi marido ya llevaba dos días muerto. No sé cómo se las arregló aquella fulana, pero el disparo no hizo ruido.

—Tal vez la pistola tenía un silenciador.

—Tal vez.

—Y los papeles que se llevó...

—Supongo que serían notas del proceso de curación. Nadie la vio entrar, ni tampoco la vieron salir. El forense dijo que mi marido había muerto entre las doce y las seis de la mañana. Si no hubieran pasado dos días, habría podido dar la hora de la muerte con mayor precisión, pero ¿qué me importaba ya a mí eso?

—Sí, se comprende.

Baxter sacó su talonario de cheques.

—No tendrá inconveniente en cobrarlo —dijo.

Momentos después, estaba en la calle.

El asesino era una mujer, primer dato importante, pensó, mientras emprendía el regreso a su casa. Segundo, se trataba de una mujer muy fuerte. No, no era nada fácil izar un peso de ochenta kilos, sin una polea. Y ello considerando que tenía una bala incrustada en un muslo. Por si fuera poco, era lo suficientemente hábil para preparar una «carta-bomba». ¿De dónde había salido aquella «perla»? se preguntó.

* * *

Al llegar a la verja que cerraba el acceso a la residencia de Georgia, vio que se abría por sí sola. Entró con el coche, se detuvo frente a la fachada y entró en el edificio.

—¡Georgia! —llamó.

La joven no contestó. Baxter pensó que estaría en la piscina y encaminó sus pasos en aquella dirección.

Sí, había una mujer, nadando desnuda... pero el pelo era intensamente negro. Ella volvió la cabeza un momento, y sonrió.

—Dispénseme, señor; saldré enseguida —dijo Elisa, la doncella.

Baxter tomó una silla, se sentó y cruzó las piernas.

—No tenga prisa por mí —contestó—. Esperaré a que venga la señora. Debe de estar fuera, me imagino.

—Sí, señor. Ella me permite usar la piscina, siempre que no haya gente...

Elisa nadó hasta el borde opuesto. Había una toalla en el suelo. Baxter la vio salir de espaldas y envolverse a continuación en la toalla. Luego, los pies de la doncella dejaron marcas húmedas en el pavimento de azulejos, mientras se acercaba al visitante.

—Si tiene la bondad de aguardarme unos minutos, señor, le serviré algo...

—No es necesario, Elisa —dijo Baxter—. Conozco el camino del bar.

—Como quiera, señor.

Elisa era una mujer muy guapa, alta, robusta. Baxter pensó que era la mujer ideal para fundar un hogar y criar media docena de hijos fuertes y sanos. Se pasaría el día arreglando la casa, tremendamente activa...

—Un momento, Elisa —dijo, cuando ella se alejaba.

—Sí, señor.

—Quiero hacerle unas preguntas... si no las estima indiscretas, claro.

Elisa sonrió.

—Empiece —invitó.

—¿Lleva mucho tiempo con la señora?

—Casi un año. Me encuentro muy a gusto; el sueldo es bueno y ella es una excelente persona...

—Sí, indudablemente. Dígame, Elisa, en este tiempo, ¿ha visto en la señora síntomas de preocupación?

—No. Al menos, no he reparado...

—¿Ha visto gente extraña merodeando en torno a la propiedad?

—Nunca faltan tipos raros, señor. Pero hay un buen servicio de policía y unas alarmas muy efectivas instaladas en la tapia.

—Un par de buenos sabuesos harían falta —murmuró Baxter—. Bien, Elisa, eso es todo, salvo... ¿Me perdona la curiosidad?

—Claro —dijo.

—Usted parece muy fuerte...

—Más bien soy desarrollada —contestó Elisa, con acento malicioso—. Pero la natación sienta bien a la figura.

—Sí, es cierto. ¿Cuál es su apellido?

—Barczany, señor.

—Húngara.

—Descendiente de húngaros, señor.

—Gracias, Elisa; eso es todo.

—Sí, señor.

La doncella echó a andar. De pronto, se detuvo y volvió la cabeza.

—Perdón, señor... ¿Acaso tiene la señora graves problemas?

Baxter hizo un gesto ambiguo.

—De orden económico, pero se resolverán sin dificultad.

—Gracias, señor. Cuando me haya vestido, le serviré café, si lo desea.

—Es usted muy amable, Elisa.

* * *

Media hora más tarde, llegó Georgia. Iba ataviada con elegante sencillez. Al entrar en el salón, se quitó el sombrerito con el que se tocaba y lo dejó sobre un sillón, junto con su bolso.

—Perdona la tardanza, Budd —dijo—. Me ha sido imposible venir antes...

—Has estado en el Banco.

—Sí. Ya he reunido casi cincuenta mil.

—Sigue —aconsejó él.

Elisa se hizo visible en aquel momento.

—¿Desea algo la señora? —consultó.

—No, gracias. ¿Ha atendido a mi huésped?

—Sí, señora. Espero que el señor Baxter no haya quedado descontento.

—Todo lo contrario —dijo el aludido.

—Puede retirarse, Elisa —dispuso la dueña de la casa.

—Sí, señora.

Georgia miró sonriendo a Baxter.

—Es guapa —murmuró.

—Demasiado voluminosa. Engordará —contestó él.

—Cuando eso suceda, habrá pasado un montón de años. Entretanto, si yo fuese hombre...

—¿Estás incitándome a su conquista?

—Te sacaría los ojos —rió Georgia—. Bien, ¿qué has adivinado,

Budd?

Baxter se puso serio.

—Varias cosas —respondió—. Primero, tú dijiste que tenías la sensación de que te vigilaban.

—Es cierto. Pero nunca he visto a ningún sospechoso.

—Te vigilan, no cabe la menor duda. Y a mí también.

Georgia se alarmó.

—¡Budd! Si el asesino se da cuenta...

—Tranquila. A ese tipo lo que le interesa es el dinero y aún tienes casi siete semanas de plazo. ¿Tienes algún buen escondite en la casa?

—Una caja fuerte, empotrada en la pared...

Baxter hizo un gesto negativo.

—Es el primer sitio donde buscaría un ladrón —objetó.

—¿Entonces...?

Hubo un instante de silencio. Luego, Baxter miró a todos los lados. Al fin se levantó y salió al cobertizo de la piscina.

Durante unos segundos, permaneció inmóvil. Al fin, regresó a la sala.

—Hay un par de colchones neumáticos —dijo.

—Sí.

—Es el mejor escondite —indicó.

—De acuerdo.

—Que no te vea nadie, Georgia.

—Seré discreta. ¿Qué más has averiguado, Budd?

—Una dirección... —Baxter no quiso mencionar el sujeto que había intentado asesinarle—. Y un asesinato.

—¿Otro? —Se espantó ella.

—Mark Corgburn fue el primero en morir, ahorcado. Antes, sin embargo, consiguió herir a su asesino. Éste tuvo que ir a buscar a un médico, que lo atendió y tuvo oculto dos semanas en su casa. Luego, cuando estuvo casi curado, lo mató.

—Ese hombre es terrible...

—No es un hombre, es una mujer.

Georgia abrió la boca estúpidamente.

—Una mujer...

—Sí, en efecto. —Se inclinó un poco y la besó en una mejilla—. Elisa me ha dicho que hay alarma eléctrica en la tapia, pero, en tu

lugar, yo me compraría un par de buenos sabuesos. Doberman-pinscher, por ejemplo.

—El dinero no importa. Es el tiempo de amaestrarlos lo que cuenta, Budd.

—Lo sé, pero convendría que estuvieses mejor protegida. Y no sólo por la amenaza actual, sino para el futuro.

—Bien, iré a una tienda de animales...

—No te descuides. ¡Adiós!

Baxter salió de la casa. Entró en el coche y se alejó.

CAPÍTULO VI

Marilyn Backass le aguardaba en su casa. Al verle, se puso en pie vivamente.

—Creí que no vendría...

—Muchacha, las cosas no son tan fáciles como parece —contestó él.

Koye apareció en aquel instante.

—¿Desea algo el señor?

—Gracias, Tim. Un poco de café, por favor.

—Bien, señor.

Baxter abrió la cigarrera y ofreció a su visitante. Marilyn aceptó un cigarrillo.

—No he conseguido nada de lo que me pidió —dijo, después de exhalar la primera bocanada de humo—. La vida de mi padre era de una total transparencia...

—Algo le hizo ceder a la petición de una suma tan enorme —alegó Baxter—. Y, de todos modos, no hay hombre que no tenga algo oculto en su vida, aunque, lógicamente, en la inmensa mayoría de los casos, no se trata de hechos reprobables.

—¿También tiene usted algo oculto en su vida? —preguntó Marilyn con notoria impertinencia.

—Sí —respondió Baxter sin pestañear.

—Naturalmente, no irá a decírmelo...

—¿Por qué no? Hoy día eso no es una vergüenza, aunque yo diría que no lo ha sido nunca. Lo que tengo oculto en mi vida son seis bastardos.

Koye entraba en aquellos momentos con la bandeja y tuvo que esforzarse mucho para no romper a reír.

—¡Seis...! —dijo Marilyn, roja como una guinda.

—Seguros. Probablemente, debe de haber alguno más, pero eso no es cosa que me quite el sueño.

Marilyn se puso en pie.

—¡Basta! —exclamó—. No quiero seguir escuchando más insensateces. Creo que el señor Gray se equivocó al recomendarme...

—Siéntate —ordenó Baxter con aspereza—. Lo que he dicho no es más que una broma, aunque también una respuesta a una pregunta estúpida. Gray no se equivocó conmigo; quizá contigo... Pero tu padre no pagó el dinero por capricho. ¿Sabes?, creo que he establecido el nexos común en esas muertes.

Ella le miró sorprendida.

—¿Sí?

—¿Sabes si tu padre tuvo una amante?

—¡Oh, por favor...!

—La vida es así, no le des más vueltas. Tú tienes poco más de veinte años y ya no es una edad para asombrarse de ciertas cosas. Cuando murió, tu padre tenía cuarenta y seis años y se conservaba magníficamente. Era viudo, de modo que, ¿por qué no iba a tener una amante?

—Bueno, yo no sé nada...

—Hasta los casados, muchos, tienen una fulana. El asesino era una mujer. Y, además, joven. Hoy día no hay mujer joven que no sea atractiva, a poco que se lo proponga.

—¿Cómo lo sabe usted?

Baxter pensó en cierto detalle que le había revelado la señora LeFars antes de dejar su casa. Sí, el asesino era joven.

—Te lo diré en otra ocasión —contestó—. Entretanto, procura averiguar si en los últimos tiempos hubo una mujer en su vida. Por ahora, eso es todo.

—Sí, señor —contestó Marilyn mecánicamente.

Cuando la chica se hubo marchado, Koye hizo un comentario:

—Enérgica, pero poco habituada a las durezas de la vida, señor.

—Sí, es cierto. Ya se curtirá.

—Si sabe ser elástica, sobrevivirá. Las espigas de trigo se doblan, pero no se rompen, porque ceden.

—Muy exacto, salvo en casos de tempestad...

—Entonces, ni el más duro se salva, señor. Importa evitar la

tempestad.

—Resultará muy difícil. Bien, voy a ver qué me cuenta el señor Gray.

—¡Ah, señor!; ¿me permite una observación?

Baxter estaba ya a punto de entrar en el cuarto de comunicaciones y se volvió.

—Permitido, Tim —sonrió.

—El *whisky* que trajo el señor... ¡Qué cosa tan maravillosa! Se nota la fragancia de lo natural... No hay en ese licor el menor artificio... Si yo fuese el fabricante, lo comercializaría...

—Y entonces, ya no sería lo que es —aseguró Baxter.

Instantes después, tenía ante sus ojos el rostro de Gray.

—El asesino es una mujer —dijo— tal vez se trate de una amante desdeñada.

—¿En los tres casos? —se asombró Gray.

—En uno, por lo menos. Pero tal vez se trate de una mujer a la que sus víctimas causaron un gran daño en tiempos. Piensa en este aspecto de la cuestión y dime en otro momento lo que se te haya ocurrido sobre el particular.

—Descuida.

Baxter oprimió la tecla de cierre y volvió a la sala. Silenciosamente, se sentó en un diván. Koye, respetando sus meditaciones, le sirvió una copa del *whisky* elaborado por el hermano de Wilkins.

Durante largo rato estuvo en la misma postura. Luego, de pronto, se levantó.

—Voy a salir, Tim —anunció—. No me esperes levantado.

—Bien, señor.

* * *

La casa era de apariencia más bien modesta, pero no pobre. En el vestíbulo, Baxter había podido apreciar que Morrows vivía en la tercera planta, departamento B. Subió por la escalera, sin utilizar el ascensor, y se detuvo al llegar ante la puerta señalada con la letra B.

Estaba cerrada. Baxter no se inmutó. Sacó algo del bolsillo y empezó a actuar. Momento después, había franqueado el paso.

Cerró a sus espaldas y encendió la luz. El piso estaba

completamente ordenado. Baxter supo bien pronto que se trataba de la vivienda de un soltero. Faltaba el toque femenino de un jarrón con flores. La modestia de la decoración no excluía el buen gusto. Pero una mujer, se dijo, no habría dejado de adornar el piso con algunas flores.

Ni siquiera había una sola planta de interior. Era una vivienda fría, nada acogedora. Pero era la casa de Morrows, el hombre que le había seguido e intentado darle muerte.

Baxter se imaginaba que Morrows era lo suficientemente listo como para no dejar rastros comprometedores. A pesar de todo, no se desanimó, y empezó a registrarlo todo.

Una hora más tarde, desalentado, se dijo que era hora de abandonar la casa. Entonces, súbitamente, se fijó en la mesita auxiliar, que había situada ante un diván.

La tabla era muy gruesa. Baxter se sintió extrañado del detalle. No parecía corresponder demasiado con el resto de la decoración. El lujo del mármol resultaba excesivo.

De pronto, se arrodilló sobre la alfombra y metió la cabeza por debajo de la mesa. Una sonrisa distendió sus labios.

Enderezándose, aunque sin abandonar su postura de rodillas, agarró la mesa con ambas manos y la volcó cuidadosamente. Luego soltó las presillas que sujetaban la cubierta inferior de madera contrachapada.

Aquella cubierta cayó al suelo. Una catarata de fajos de billetes se desparramó sobre la alfombra. Baxter se sentó sobre sus talones.

Todos los billetes eran, invariablemente, de cien dólares. Trató de evaluar la suma que había ante sus ojos. Lo mejor era contarlos.

Había casi cincuenta mil. Faltaban unos dos mil cuatro cientos. Morrows, sin duda, había realizado algún gasto.

Una cosa era segura: Morrows no había hecho ostentación de semejante fortuna. Gastar más dinero de lo habitual, podría haber levantado sospechas. Al menos, en este aspecto, había resultado ser listo.

Pasados algunos minutos, se puso en pie. Aquel dinero, por tercios, pertenecía a los herederos de las víctimas. Baxter no creía que Morrows fuera el asesino. Se trataba de un colaborador, simplemente. Aunque también capaz de matar, si se terciaba.

Buscó en el interior de la casa. No tardó en encontrar un

maletín, en el que puso todo el dinero. De repente, cuando abría la puerta, se encontró con un individuo que le encañonaba con una pistola.

—Déme eso —pidió el sujeto roncamente.

* * *

Baxter contempló el arma fijamente. Era un revólver corriente, sin silenciador.

Tras la primera impresión, sonrió, a la vez que daba unos pasos hacia atrás. El desconocido entró y cerró.

—Contaré hasta tres —anunció.

—El revólver hará ruido.

—Hay una escalera de incendios.

—¡Oh!, lo tiene todo previsto...

—Sí. Escuché bien lo que voy a decirle. Deje ese maletín en el suelo; no se le ocurra tirármelo a la cara, porque haré fuego. ¿Entendido?

—Entendido.

—Cuando haya dejado el maletín en el suelo, retroceda... ¡Uno!

Baxter se inclinó. El maletín tocó el suelo y, en el mismo instante, se ladeó un poco, a la vez que disparaba el pie derecho con toda su fuerza.

Se oyó un gruñido. El maletín alcanzó la mano armada y la hizo oscilar violentamente a un lado. Baxter se lanzó en el acto hacia adelante.

Con la mano izquierda, agarró la muñeca de su adversario. Hizo una violenta torsión y el arma cayó al suelo. Acto seguido, ejecutó una impecable llave, con lo que el intruso voló por los aires.

Pero cayó con los pies en el suelo, tras una formidable contorsión hecha durante su vuelo. Inmediatamente, se echó hacia atrás, apoyó las manos en la alfombra y, tomando impulso, se elevó, para dar la vuelta en sentido contrario.

Baxter, sorprendido, apenas si tuvo tiempo de evitar aquella doble patada. Uno de los pies, sin embargo, le alcanzó en el hombro y le hizo dar media vuelta. Cuando quiso apercibirse a la defensa, el otro estaba ya sobre él, con el brazo izquierdo bajo su mandíbula.

Aquel brazo acentuó la presión. Baxter se preguntó por qué su

enemigo no usaba el derecho. Pero, casi en el mismo instante, vio una mano que empuñaba un cuchillo.

Haciendo un esfuerzo desesperado, consiguió parar el golpe, dirigido a su corazón. Durante unos segundos, los dos luchadores mantuvieron un precario equilibrio. Baxter empezaba a notar ya la falta de aire.

De pronto, simuló ceder. Dobló un poco las rodillas, como si fuera a caer, perdidas las fuerzas, pero, antes de que el otro se recobrara, había conseguido inclinarse hacia adelante. El intruso cayó de espaldas. Baxter le asestó un terrible taconazo en la boca. Se oyó un gemido. Luego, el intruso se quedó inmóvil.

Baxter se pasó una mano por la frente, empapada de sudor. Con el pie, apartó sucesivamente el revólver y la navaja. Luego se inclinó sobre el caído y registró sus bolsillos.

El hombre se llamaba Tallie Rowan. Baxter anotó su dirección. Luego, cuando vio que empezaba a rebullir, se arrodilló a su lado.

* * *

Rowan despertó momentos más tarde. Al abrir los ojos, notó que algo le pinchaba en el lado izquierdo del cuello.

—La punta de la navaja está apoyada directamente sobre tu yugular —dijo Baxter—. Haré preguntas y quiero respuestas. Nadie te ha visto llegar, ni a mí tampoco. ¿Comprendes lo que quiero decirte?

Rowan parpadeó, en señal de asentimiento.

—No sé mucho...

—Dime lo que sepas; siempre será más que nada. Por ejemplo, ¿qué te ha traído a esta casa?

—Me lo ordenó.

—¿Quién?

—El... No sé quién es... Nunca le he visto, aunque conozco su nombre y la dirección.

—Bueno, eso sí que es absurdo...

—Se llama Wayle y vive en la Ciento Nueve Oeste, novecientos cuarenta. Claro que sólo he estado allí una vez...

—¿De veras?

—Sí. Nos reunió a todos, citándonos a una hora determinada.

Llegamos con dos minutos de intervalo y nos marchamos de la misma forma. Wayle insistió mucho en este detalle.

—Muy bien. Sigue.

—Me llamó por teléfono. Esa vez es la única que le he visto. Siempre usa el teléfono para dar órdenes. Usa una contraseña... La última es Red Shadow...

—Sombra Roja —murmuró Baxter—. ¿Qué más?

—Hoy me llamó, hace poco, no más de una hora. Dijo que viniese a ver qué le había pasado a Morrows. Es la primera vez que conozco el nombre de uno de mis compañeros.

Red Shadow dijo que Morrows no contestaba al teléfono. Tenemos horas marcadas, para estar junto al teléfono.

—Ya.

Morrows había muerto dos días antes. Se comprendía la inquietud de Red Shadow. Le había enviado a seguirle y, al no tener noticias suyas, Rowan había sido el encargado de averiguar los motivos de aquel silencio.

En cierto modo, el resto era fácil de adivinar. Morrows y Rowan eran los encargados de realizar ciertos trabajos preliminares, como obtener informes de las posibles víctimas... y también de eliminar a la gente molesta, cosa que, en el caso de Morrows, había terminado en un rotundo fracaso.

—Dices que se llama Wayle, pero que no lo conoces...

—No. Siempre le he visto encapuchado y con las manos enguantadas. La capucha sólo tiene una abertura para los ojos, pero incluso los lleva tapados con unas gafas coloreadas de motorista.

—¿Hombre o mujer?

—Hombre, claro.

—¿Seguro?

Rowan pareció dudar.

—No he visto nada en él que me permita suponer es una mujer —contestó.

—¿Qué sucedió la última vez que le viste?

—Fuimos los cinco, cuatro hombres y una mujer. No nos hablamos, ni nos presentamos siquiera. Yo sólo he sabido el nombre de Morrows, porque él me lo ha dicho hará cosa de una hora. Nos entregó cincuenta mil dólares a cada uno. Dijo que habría más...

«Paga bien, pero así consigue la fidelidad de sus secuaces. Y, por

otra parte, si continúa con el negocio, acabará millonario en un par de años», pensó Baxter.

—¿Dónde tienes escondido el dinero? —preguntó.

Rowan apretó los labios. La navaja presionó y apareció una gota de sangre en la piel del cuello.

—¡Maldita sea...! —jadeó, furioso—. ¡Se lo diré...!

—Así está mejor —sonrió Baxter.

Un cuarto de hora más tarde, agitaba la mano en señal de despedida. Rowan, atado como un salchichón y con boca tapada por un buen trozo de cinta adhesiva, no pudo hacer otra cosa que emitir unos gruñidos inarticulados.

Aquella misma noche, a las dos de la madrugada, Baxter había reunido ya cien mil dólares, con la incursión en la casa de Rowan.

CAPÍTULO VII

Baxter no quiso perder el tiempo. Durmió cinco horas escasas y a las siete y media estaba en pie. A las ocho, se hallaba en el novecientos cuarenta de la calle 109 Oeste.

En los ojos del conserje había todavía telarañas del sueño. Baxter se las limpió, mediante un billete de cincuenta dólares.

—No puede ser —dijo el hombre—. Estoy soñando...

—Está despierto, Sam —rió Baxter—. Es un billete absolutamente legítimo.

El conserje se apoderó del atractivo papel rectangular, de color verde.

—Entonces, celebro estar despierto. Y me llamo Bill, pero si le gusta más el nombre de Sam, no me opondré a que lo use. Adelante, señor detective privado...

—Es usted listo, Bill. ¿Cómo lo ha sabido?

—En este sitio, uno se harta de hablar con detectives privados. Pero usted es el primero que empieza enseñando un billete de cincuenta pavos. Los otros son unos tacaños. Dar cinco dólares les cuesta una enfermedad.

Baxter se echó a reír. El conserje era todo un humorista.

—Será porque no cobran tanto como yo —dijo—. Bill, se llama Wayne.

—¡Oh...! Le conozco, pero ya no está.

—¿Se ha marchado?

—Vino, alquiló el apartamento, estuvo un par de días, se marchó y no he vuelto a verle. Pagó por adelantado la renta de seis meses... A veces hay tipos que hacen eso. No es corriente, pero tampoco me extraña.

—Eso significa que todavía puede volver.

—¡Oh, sí!; hasta que acabe el plazo.

—Bill, quiero pedirle un favor.

—Sí, señor.

—¿Puedo ver el piso de Wayle?

—Le daré la llave maestra, señor...

Baxter sacó una tarjeta de visita. El conserje observó que en ella sólo figuraba el nombre del joven y su dirección, indudablemente, pensó, en ocasiones no le convenía divulgar su profesión. Pero no era cosa que le preocupara excesivamente.

Momentos después, Baxter tenía la llave maestra. De pronto, pareció echar algo en falta.

—Bill, hay una cosa que no le he preguntado —dijo—. ¿Cómo es Wayle? Quiero decir, su aspecto físico...

—¡Oh...! La verdad es que no es nada agradable. Claro que no por culpa suya: una vez le oí mencionar algo de Vietnam... Supongo que es allí donde le destrozaron la cara y le hirieron en la pierna.

—¡Ah, es cojo!

—Sí, usa un bastón... Parecía muy amargado. Desde luego, la cicatriz de la cara le afea mucho. —Bill hizo un signo gráfico con la mano, desde la oreja hasta el mentón—. Así es la cicatriz, más o menos. La pierna, claro, no se la he visto —añadió con una risita.

—Ya. Entonces, Wayle es joven...

—Bueno, treinta y tantos... Ya tiene algunas canas; supongo que debe de ser por lo mal que lo pasó en aquella condenada guerra. Anda un poco encorvado; de lo contrario, resultaría algo más alto que usted...

—¿El pelo?

—Claro, casi pajizo. Los ojos azules.

—Es usted buen observador, Bill —sonrió Baxter.

—En este sitio, hay que serlo a la fuerza —respondió el conserje.

Baxter subió al apartamento de Wayle. Casi no sintió sorpresa al encontrarlo absolutamente vacío, salvo los muebles. Ni siquiera había colillas en los ceniceros.

Era fácil adivinar que aquel apartamento había servido solamente para una reunión, una especie de *briefing* de operaciones, en donde el asesino había dado instrucciones a sus subordinados y les había pagado los trabajos realizados, como obtener informes de sus víctimas y demás. Tal vez había dormido allí un par de días,

pero ni siquiera había un tubo de pasta dentífrica y un cepillo de dientes. En el cuarto de baño había dos toallas y algo de ropa de cama en una consola. Eso era todo.

Baxter abandonó aquel apartamento con la certeza de que Wayle ya no iba a regresar por allí. El alquiler era casi de trescientos mensuales. Valía la pena perder unos mil ochocientos para congregar a sus subordinados en un lugar al que ya no iban a volver.

Tampoco valía la pena buscar huellas dactilares. Wayle era lo suficientemente astuto como para haber limpiado todos los sitios en que pudo apoyar las manos. Así pues, defraudado, bajó al vestíbulo y devolvió la llave al conserje.

—No creo que Wayle vuelva por aquí —dijo—. De todos modos, si le viera, avísame en el acto. Si yo no estuviese en mí casa, alguien tomaría el recado y si no, quedará grabado. Habrá cincuenta dólares más, Bill.

—Bien, señor Baxter.

El joven se alejó. Bill contempló la tarjeta de visita. ¿Qué clase de detective privado, se preguntó, era aquel hombre que vivía en uno de los sitios más elegantes y caros de la ciudad?

Así se explicaba su generosidad, se dijo, mientras acariciaba satisfecho el billete de cincuenta dólares.

Baxter llegó a su casa y preguntó a Tim por la señorita Backass. El criado respondió que no tenía noticias suyas. Pero, en el mismo momento, sonó el teléfono.

—Deja, Tim —murmuró el joven—. Baxter —dijo, después de levantarlo.

—¿Cómo está, señor Baxter? —preguntó una mujer—. ¿No me reconoce?

—Pues... Tengo buena memoria, pero, en este caso...

Ella soltó una alegre carcajada.

—Elisa.

—¡Oh, ahora sí...! ¿Puedo serle útil en algo?

—Quizá sea lo contrario, señor Baxter —dijo la doncella de Georgia—. Quizá tenga algo interesante que contarle.

—Bien, entonces, diga...

—No, no, no... Mañana, por la tarde, a partir de las tres, en Hallyburton Place, cincuenta y siete. ¿Le pare bien?

—Me parece magnífico, Elisa.

—Gracias. Hasta mañana, señor Baxter.

El teléfono volvió a su sitio. Koye miró maliciosamente a su amo.

—Una dama solitaria busca compañía —dijo.

—Quizá busque otra cosa —respondió el joven con aire pensativo.

Sentóse en un diván y encendió un cigarrillo. No podía decir que sus investigaciones hubieran avanzado demasiado. Claro que conocía al asesino, de referencias, por supuesto, pero era fácil imaginar que el nombre de Wayle no era sino una identidad ficticia. Ahora bien, Wayle cojeaba... y ello podía ser muy bien secuela de la guerra... o de nacimiento... o también otra ficción, como la de sus nombre. Pero si el asesino era una mujer, ¿había sabido disfrazarse tan bien como para engañar a un tipo perspicaz como era el conserje, habituado a ver toda clase de gentes?

Silenciosamente, Koye puso ante él una copa, con *whisky* fabricado por el hermano de Wilkins. Luego, un tanto sentencioso, dijo:

—Tómese un buen trago, señor; el alcohol, aseguran, hace olvidar las penas.

—Yo no tengo ninguna pena, Tim —sonrió el joven.

—¡Oh, sí, señor!; tiene la pena de sentirse insatisfecho, porque ha adelantado muy poco en este caso.

—Eres todo un filósofo —dijo.

Koye se inclinó profundamente.

—Ser un filósofo, es decir, tomarse con calma las cosas de la vida, es garantía de una larga y plácida existencia, señor —contestó.

* * *

Elisa abrió la puerta a las tres en punto. Baxter parpadeó al apreciar el cambio que se había producido en la doncella. Elisa tenía ahora el pelo suelto y caía largamente sobre su espalda. En lugar del severo uniforme, vestía una holgada bata, estilo kimono, con un gran dragón bordado en la espalda. La bata era corta y permitía ver las rodillas, muy bonitas.

—Es un cambio radical —dijo Baxter, mientras la contemplaba

críticamente.

—Celebro que le agrade mi apariencia —contestó ella—. ¿No quiere pasar?

Baxter puso en sus manos una enorme caja. Ella le miró sorprendida.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Soy un hombre práctico. He supuesto que le gustarían más los bombones que las flores. Una rosa es algo encantador... pero sus pétalos tienen un sabor horroroso.

Elisa rió alegremente.

—¡Es cierto! —dijo—. Las flores no se comen... aunque es preciso ser prudente con los bombones. Tienen demasiadas calorías.

—Todavía no está en edad de preocuparse por ese asunto —manifestó Baxter galantemente—. Bien, Elisa, supongo que tiene algo importante que decirme, ¿no es así?

Ella hizo un gesto de asentimiento.

—Pero siéntese primero; antes debe tomar una copa.

—Claro. Oiga, ¿es suyo el apartamento?

—No, de una amiga. Algunas veces me lo presta... cuando se lo pido con tiempo, desde luego. Yo no tengo ahora otro domicilio que la residencia de su amiga, la señora McDonald.

—¡Ah...!

Elisa vino con dos copas en las manos. Entregó una a su huésped y se sentó a su lado.

—Usted, señor Baxter...

—Por favor, llámeme Budd.

—Bueno, como quiera. Iba a decir que está preocupado por algo que le sucede a la señora McDonald.

—Por el momento, no diré que sí, ni diré que no.

—Vamos, no desconfíe de mí; soy buena chica. Para probárselo, le diré algo que también a mí me preocupa.

—¿De qué se trata, Elisa?

—A ella le están haciendo chantaje, Budd.

—No me diga... —Baxter fingió asombro.

—Como lo oye. Sé que está haciendo viajes al Banco casi continuamente y que saca mucho dinero y que lo trae a casa. Eso es para pagar un chantaje; a los chantajistas no les gustan los cheques...

—Elisa, usted parece muy enterada de las costumbres de los chantajistas —observó Baxter.

—¡Bah! Es cuestión de sentido común. ¿Para qué otra cosa podría querer el dinero?

—¿Sabe si ha recibido amenazas? ¿Cartas sospechosas?

—No, eso no. Pero sí sé dónde guarda el dinero que trae del Banco.

—A ver, dígamelo.

—En los colchones de goma flotadores, que a veces se usan en la piscina.

—Elisa. —Baxter entornó los ojos—, empiezo a pensar que es usted más curiosa de lo que aparenta...

—¿Qué se cree? ¿Piensa que me paso el día espiando a la señora? Lo que sucede es que ella observa muy pocas precauciones. Si yo estuviese en su lugar, lo haría con más discreción, se lo aseguro.

Baxter tomó un sorbo de su copa. «No fue una idea demasiado buena la de esconder el dinero en los colchones de goma», pensó. Pero, claro, todo dependía de la fidelidad de Elisa.

—Es posible —convino de mala gana—. ¿Algo más, Elisa?

—No, eso es todo. No me parece poco, creo.

—Desde luego, pero, dígame, ¿qué le ha impulsado a hacerme esas confidencias?

Elisa sonrió maliciosamente.

—Yo sé que usted aprecia mucho a la señora y que no permitirá que le suceda nada malo —contestó.

—En lo que de mí dependa, haré todos los posibles. ¿Algo más, Elisa?

Ella le miraba fijamente. Su sonrisa tenía una expresión que Baxter no podía desconocer.

—¿Tiene prisa por regresar a la residencia de la señora McDonald? —preguntó.

—Ninguna —respondió ella.

Hubo un instante de silencio. Luego, Baxter pasó un brazo por la cintura de Elisa y la atrajo hacia sí. Ella no intentó siquiera fingir una mínima resistencia y buscó los labios masculinos con no disimulada voracidad.

La mano derecha de Baxter serpenteó hasta meterse por debajo

de la bata. Entonces, comprobó lo que había sospechado desde el primer momento: era la única prenda que cubría el espléndido cuerpo de la doncella.

Elisa se estremeció voluptuosamente.

—Querido, aquí no...

—Entonces, indícame el camino.

Ella sonrió a la vez que se ponía en pie. Asió la mano de su huésped y tiró de él hacia la acogedora penumbra del cercano dormitorio.

Mucho más tarde, dos chispitas rojas brillaron en aquella semioscuridad.

—Ahora comprendo a la señora McDonald —dijo Elisa lánguidamente.

—¿La envidias?

—Ya, no. —Elisa volvió la cabeza y miró sonriendo al hombre que yacía junto a ella—. Eres encantador, Budd.

—Gracias.

—Y yo recordaré siempre estos momentos, como uno de los mejores de mi vida.

—Vamos, vamos, no te pongas melancólica. Podemos vernos más veces...

—Sí, quizá volvamos a vernos, pero esto no durará mucho. Un día, la señora McDonald me despedirá.

—¿Por qué?

—Tendrá celos y es lógico. Ella no querrá compartirte con otra mujer. Si yo fuese tu esposa, no querría...

—¡Elisa, por favor! —se alarmó Baxter—. Georgia y yo no vamos a casarnos.

—¿Hablas en serio?

—Claro...

Baxter se interrumpió súbitamente. Fuera del dormitorio acababa de producirse un ruido extraño.

CAPÍTULO VIII

Elisa también lo oyó y se sentó de golpe en la cama. Baxter agarró uno de sus brazos.

—Silencio —cuchicheó.

Desnudo como estaba, abandonó el lecho y caminó hacia la puerta del dormitorio. Al asomarse, vio a un individuo que registraba los cajones de una consola, de espaldas a él.

Baxter se le acercó cautelosamente y le tocó en el hombro.

—Amigo, ¿necesita ayuda?

El intruso, sin pronunciar una sola palabra, disparó hacia atrás su codo derecho. En el instante de recibir aquel lacerante dolor, que le obligó a curvarse hacia adelante, Baxter se dijo que había obrado con demasiada ingenuidad. El intruso no se había dejado sorprender por sus palabras, como había esperado, reaccionando con insólita rapidez y pillándole completamente desprevenido. Trastabillando, retrocedió un par de pasos, sin poder evitar un rodillazo que, alcanzándole en la mejilla izquierda, le hizo dar una vuelta sobre sí mismo, antes de caer sobre la alfombra.

El intruso cayó sobre él. Había saltado a más de un metro, con los pies juntos y las rodillas flexionadas, a fin de aumentar la potencia del golpe. Baxter, desesperadamente, apenas si tuvo tiempo de rodar a un lado, para esquivar aquel impacto que, de haberle alcanzado de lleno, le habría aplastado la caja torácica.

Movió el brazo derecho, buscando las piernas de su adversario, para hacerle caer al suelo, pero el tipo era enormemente ágil y le esquivó sin dificultad. Un segundo después, Baxter recibía un terrible puntapié en la cadera derecha, que le arrancó un aullido de dolor.

Casi en el mismo instante, el intruso sacó una navaja

automática, que desplegó con el mismo movimiento de su mano derecha. Baxter se preparó para parar el golpe, pero, sorprendentemente, el sujeto se la arrojó de arriba abajo. Baxter se ladeó frenéticamente. El acero rozó su costado izquierdo y se clavó en el pavimento.

De súbito, se produjo un cambio en la situación. Un nuevo personaje entró en escena.

—¡Eh, tú! —gritó Elisa.

El intruso se volvió. Una mano golpeó su rostro con tremendo chasquido, haciéndole dar una vuelta sobre sí mismo. Antes de que se repusiera del golpe, la otra mano actuó en sentido contrario. Las bofetadas sonaron como pistoletazos. Baxter empezó a levantarse. Los ojos del sujeto aparecían vidriados.

Elisa golpeó de nuevo. No había arte en sus movimientos, pero sí una eficacia demoledora. Su puño derecho golpeó la mandíbula del sujeto, quien se derrumbó al suelo sin sentido.

Baxter la miró, atónito.

—Eres un ciclón —dijo.

Elisa sonrió.

—Soy muy fuerte —se enorgulleció de su potencia física.

Baxter la contempló durante unos instantes. Los hermosos pechos de la joven subían y bajaban rápidamente, a causa de la respiración alterada durante la breve lucha. Cómo él, Elisa había abandonado la cama completamente desnuda.

—Voy a ver quién es este tipo —dijo Baxter, a la vez que doblaba una rodilla.

—¿Te parece que llame a la policía? —consultó ella.

—Espera un poco.

Baxter fue a meter la mano en la chaqueta del intruso, pero entonces vio algo que le convirtió en una estatua.

Elisa se había inclinado un poco y tenía las manos apoyadas en las rodillas. Estaba situada a la derecha del ladrón, con los pies cerca de su cabeza. Baxter se hallaba al otro lado. Sus ojos se hallaban al nivel de las caderas de la joven. La blancura de la epidermis del muslo izquierdo quedaba alterada por una cicatriz redonda, con una forma vagamente parecida a la del ombligo.

Bajó la vista casi en el acto, presa de una tremenda agitación.

El asesino era una mujer. Muy fuerte, o no habría podido izar el

cuerpo de Cogburn colgado de una soga. Y había recibido un tiro y el doctor LeFars la había curado... y había sido asesinado como premio a sus servicios.

Sacudió la cabeza. Tiempo habría de meditar sobre el nuevo giro que daba la situación. De momento, se dijo, no podía lanzar una acusación sin tener pruebas más sólidas.

—Será mejor que te pongas una bata, Elisa —aconsejó—. No dejes que este tipo disfrute del panorama cuando despierte.

—Es verdad —rió ella—. Hay cosas que se guardan sólo para los buenos amigos.

* * *

El sujeto se sentó en el suelo y sacudió la cabeza. Baxter se había puesto los pantalones y la camisa. La navaja, plegada, saltaba en su mano.

—He visto tu documentación —dijo—. Te llamas Charles Evans, pero apostarí algo que te llaman de otra forma...

—Chuck, y no pienso contestar a otra pregunta —dijo el sujeto con aire retador.

Baxter apretó el resorte y la navaja se abrió instantáneamente. Estaba muy cerca de la cara de Evans. La punta hizo un pequeño corte en la mejilla del sujeto. Luego, con la mano izquierda, Baxter le agarró por los pelos y tiró hacia sí, de modo que la punta de la navaja quedase justo bajo su mentón.

—Sí, vas a contestar a más preguntas —dijo torvamente—. Contestarás a todas las que te haga..., empezando por decirme el nombre de la persona que te ha ordenado entrar aquí.

Los ojos de Evans bailaron agónicamente en sus órbitas.

—No..., no le conozco...

—Usa una contraseña, ¿verdad? Red Shadow, si no me equivoco.

—¿Cómo lo sabe? —se sorprendió el sujeto.

—Sé más cosas de las que te imaginas —dijo Baxter—. ¿Por qué estabas aquí?

—Bueno, me dio orden de que le siguiera... Se me ocurrió entrar, para ver si encontraba algo de interés...

—Claro, Red Shadow te paga muy bien. Cincuenta mil dólares la

última vez, me parece.

Evans se desanimó.

—Es cierto —murmuró—. Pero no sé dónde vive ni cómo es...

—Estaba encapuchado y tenía las manos enguantadas.

—Sí...

Baxter meditó unos segundos.

—Evans, voy a hacerte una proposición —dijo al cabo.

—¿De qué se trata?

—Estás metido en un buen lío. El dinero que te pagó Red Shadow procede del que sacó a tres personas, a las que luego asesinó. Tú, como los otros, estuviste adquiriendo informes de tres personas llamadas Cogburn, Backass y Wixen. No lo niegues, porque es verdad.

—Bueno, me contrató...

—Ya, no sigas; lo hizo por teléfono, salvo en la ocasión que os citó a los cinco en la casa de la calle Ciento Nueve Oeste. Muy bien, voy a proponerte un trato... y lo aceptarás o, cuando menos lo pienses, te encontrarás con una acusación de complicidad en tres asesinatos, de la que no te librará el mejor abogado de la ciudad. En casa guardas cincuenta mil dólares, ¿no es cierto?

—Sí —admitió Evans, muy abatido.

—Vuelve a tu casa, coge ese dinero y márchate muy lejos de Nueva York. He tomado tu dirección y mañana iré a comprobar tu ausencia. Si no es así...

—De acuerdo, me iré.

Baxter replegó la navaja.

—¡Ah, una cosa todavía, Chuck! —dijo—. Aparte de Red Shadow, naturalmente, había cinco personas más en la reunión. Cuatro hombres y una mujer. He localizado ya a tres de los hombres, contándote a ti, pero no sé dónde están el que falta y la mujer. ¿Qué puedes decirme al respecto?

—No conozco al hombre. A ella la vi hace dos días en un local llamado

Kuppie's.

Trabaja allí de camarera...

—Camarera —resopló Elisa, presente en el interrogatorio—. Con semejante suma de dinero...

—Tienen que hacer vida normal durante una temporada, para

no despertar sospechas —dijo Baxter—. ¿No es así, Chuck?

Evans asintió. Baxter hizo otra pregunta:

—¿Sabes cómo se llama ella?

—Lita Speall. No me reconoció...

—O no quiso reconocerte. Bien, Chuck, hemos hecho un trato. Cúmplelo por tu parte y no tendrás queja de mí.

Evans se marchó disparado. Al quedarse solos, Elisa puso ambas manos en las caderas.

—Budd, eres tonto —le apostrofó—. ¿Por qué dejas escapar a ese sinvergüenza?

—Querida, mi intención es dejar a Red Shadow sin colaboradores. Y no iba a cortarle el cuello.

Ella hizo una mueca.

—Puede que se lo mereciera —contestó—. Bien, ¿qué hacemos?

Baxter se encaminó hacia el dormitorio.

—Voy a terminar de vestirme —anunció.

—Y luego irás al

Kuppie's.

—Sí.

—¿Quieres que te acompañe?

Baxter se volvió, ya en el umbral del dormitorio.

—Deja que yo me encargue de Lita Speall —sonrió—. Regresa a casa de la señora McDonald. En cuanto me sea posible, te diré que vuelvas a pedir a tu amiga la llave del apartamento.

Elisa le guiñó un ojo.

—Cuanto antes, mejor —dijo maliciosa.

Momentos después, Baxter besaba la mejilla de Elisa, como despedida.

—Volveremos a vernos, sin interrupciones molestas —prometió.

Abrió la puerta y salió al pasillo. El ascensor le llevó hasta la planta baja. Al asomar a la calle, vio un grupo de gente a poca distancia. Oyó voces excitadas. Una mujer se apartó de aquel lugar, muy pálida, con cara de espanto. A lo lejos se oía ya una sirena policial.

La gente estaba aglomerada en torno a un coche. Baxter se puso de puntillas. El conductor estaba en su asiento, con la cabeza hacia atrás y la boca abierta de una forma muy rara. Baxter lo reconoció en el acto. Inspiró profundamente; no era necesario ser un lince

para saber que Evans estaba muerto.

Caminó unos cuantos pasos, en busca de su coche. Un poco más adelante, divisó un «Volkswagen» descapotable, de color azul celeste.

Las pruebas contra Elisa, pensó, se acumulaban de forma irresistible. Pero eran pruebas que sólo él conocía y que no servirían de nada, ante un juez.

¿Cómo encontrar la prueba definitiva de que aquella hermosa mujer había cometido tres crímenes?

De repente, se le ocurrió otra posibilidad. ¿Quién era el cómplice que había eliminado a Evans?

Cuando se sentó en su coche, se sentía terriblemente desconcertado.

* * *

El

Kuppie's

era un lugar que no ofrecía nada que no hubiese en otros locales de la misma especie. Baxter buscó una mesa u esperó a que una rolliza camarera se acercase.

—*Whisky* doble —pidió. Enseñó un billete de diez—. Quiero hablar con Lita Speall —añadió.

El billete desapareció en el bien provisto escote de la camarera.

—Se la enviaré ahora —dijo—. Pero yo soy mejor.

—Más «abundante».

—A muchos les gastan así —rió la camarera.

Lita vino un poco más tarde. Dejó el *whisky* sobre la mesa y puso su mano izquierda en la cadera.

—Creo que me quiere hablar —dijo con aire despegado.

Era una mujer vulgar, de casi cuarenta años y senos que habían conocido épocas mejores. Los ojos eran pequeños, negros, codiciosos. En otros aspectos, su clientela debía de ser más bien escasa.

—Aquí, no —contestó Baxter.

—Cincuenta dólares. Termina a las doce.

—Esperaré.

Lita le miró burlonamente.

—¿Tengo algo especial que te guste? —preguntó.

—Seguro, nena.

—Quizá pueda salir antes.

—Mejor para los dos.

Lita volvió treinta minutos más tarde.

—He conseguido que me dejen salir —manifestó—. Pero tendrás que pagarme veinticinco dólares más.

—¿Por qué?

—Bueno, cuando hay prisa, es necesario pagar la suplencia.

—¡Ah...! De acuerdo, setenta y cinco. ¿Vives muy lejos?

—A tres manzanas.

Cuando salían, la camarera rolliza le miró con pena. Baxter comprendió el significado de aquella mirada. Baxter se encogió de hombros.

Apenas entraron en el apartamento, Lita empezó a desnudarse. Arrojó la blusa y la falda a un lado y quedó solo con el sostén y las bragas portaligas.

—Vamos, no te quedes ahí parado como un tonto —dijo fríamente.

—Lita, no he venido aquí a acostarme contigo —respondió Baxter—. En alguna parte tienes cincuenta mil dólares y quiero que me los entregues.

CAPÍTULO IX

La camarera se había sentado sobre una silla y tenía las manos, en uno de los portaligas de su pierna derecha. Al oír aquellas palabras, se puso mortalmente pálida.

—No sé de qué me hablas... —dijo, haciendo un gran esfuerzo por mantener la serenidad.

—Red Shadow.

De nuevo volvió el silencio. Lita dudó un momento y, al fin, se puso en pie.

—Aguarda —dijo.

Giró en redondo y se encaminó al dormitorio. Cuando salió, tenía una pistola en la mano.

—¡Tú, condenado hijo de puta...!

Atónita, observó que no había nadie en la sala. En el mismo instante, algo golpeó su muñeca. Chilló, mientras la pistola saltaba por los aires.

Baxter le hundió los dedos en el costado. Lita se sentó, repentinamente sin respiración. Baxter decidió que debía machacar el hierro en caliente y, agarrándola por los pelos, la hizo levantarse.

—El dinero —exigió.

Lita había pasado del asombro y la ira, al más vivo terror. Boqueó un par de veces y luego señaló el diván.

—Es... está allí...

Baxter la arrojó hacia el diván de un tremendo empujón.

—Sácalo —ordenó.

La camarera sollozaba de rabia. Los cojines tenían el forro de tapicería con cierre relámpago, a fin de poderlo lavar cuando estuviera sucio. Baxter vio que los billetes estaban escondidos en el bloque, de goma espuma que formaba el interior de uno de los

cojines, que había sido cortado en dos mitades.

Cuando ella hubo realizado la operación, Baxter la apartó a un lado y llenó el forro con los billetes.

—Esto procede de tres asesinatos —dijo, duramente—. Voy a darte una oportunidad.

Un fajo de unos cincuenta billetes de cien voló por los aires y golpeó los flácidos senos de la camarera.

—Haz el equipaje y márchate una temporada de Nueva York —añadió Baxter—. Chuck Evans ha sido asesinado esta misma tarde. Era uno de los que asistieron, contigo, a la reunión con el encapuchado que se hace llamar Red Shadow.

Lita comprendió que aquel hombre decía la verdad y, desmadejada, se derrumbó sobre un sillón.

—¡Oh, no... yo no...!

—Haz lo que te digo y vivirás muchos años.

Baxter pensó que sería inútil preguntar quién era el último miembro del quinteto. Evans había reconocido a Lita, porque ésta trabajaba en un local público.

De todas formas, preguntarlo no iba a costarle mucho.

—¿Conoces a alguno de los que estuvieron contigo?

—Sólo a Evans y... Harry Bow.

El nombre era nuevo para Baxter.

—¿Dónde vive? —preguntó.

—Es un detective privado. Vive en la calle Ochenta y Siete, en el trescientos doce, lado Este... No tiene mucha clientela...

Baxter consultó su reloj. De pronto, fue al teléfono y arrancó los hilos. Para más seguridad, desenroscó la tapa del micrófono, que sacó y guardó en uno de sus bolsillos.

—Vete inmediatamente de Nueva York —repitió—. Evans ha muerto, repito. Y Morrows también.

—No le conozco...

—Sí lo conoces, pero ignoraba su nombre. También estuvo en la reunión. Rowan —mintió— ha abandonado ya la ciudad.

Por cierto, se dijo, mientras salía de la casa, ¿habría conseguido soltarse Rowan de sus ligaduras?

Lo comprobaría después de haber hablado con Harry Bow.

El hombre dormía boca arriba, a medio vestir, roncando estrepitosamente. Una mano estaba fuera del lecho, rozando los dedos el gollete de una botella casi vacía, caída sobre la alfombra.

Baxter arrugó la nariz al percibir aquel intenso olor a alcohol barato. Miró las gastadas facciones de Bow, casi calvo, además. Un hombre que no había sabido prosperar medianamente... Pero capaz de colaborar con un asesino, sin importarle otra cosa que no fuese el dinero.

Empezó a registrar la casa. Media hora más tarde, encontró en el cuarto de baño un panel aislante. Con la ayuda de la navaja, lo hizo saltar. Varios fajos de billetes cayeron al suelo.

Regresó al dormitorio con una jarra de agua en la mano. El chorro de líquido cayó sobre la cara de Bow, que empezó a toser y estornudar de inmediato.

Al cabo de unos momentos, se sentó y miró con ojos turbios al hombre que tenía frente a sí.

—¡Hola! —sonrió Baxter.

El detective sacudió la cabeza. De súbito, alargó la mano hacia la mesilla de noche, abrió al cajón y sacó un revólver con el que encañonó a su visitante.

—No se mueva —dijo—. Voy a llamar a la policía.

—En su revólver no hay balas; tuve la precaución de quitarlas antes —declaró Baxter, jovialmente—. De todos modos, si lo desea, puede llamar a la policía. Al Departamento de Homicidios le gustará mucho saber por qué guardaba usted cincuenta mil dólares en su casa.

Bow se puso lívido.

—No es cierto...

El pie de Baxter tocó el saquete que estaba en el suelo.

—Lo he encontrado en el cuarto de baño —sonrió.

Bow lanzó una obscena maldición.

—Pero ¿quién diablos...?

—No se preocupe, no se rompa la cabeza, tratando de averiguar quién me ha proporcionado la información —dijo Baxter—. Sin embargo, Le conviene saber que dos sujetos apellidados Evans y Morrows han muerto. Ambos, con usted, Lita Speall y un tal Rowan, tomaron parte en cierta reunión, presidida por un encapuchado que se hace llamar Red Shadow.

La cara del detective estaba completamente gris.

—Usted y los otros —prosiguió Baxter, implacable— proporcionaron informes a Red Shadow sobre las actividades de tres personas que han muerto asesinadas en el espacio de un año, aproximadamente. Por sus trabajos, recibieron la suma de cincuenta mil dólares cada uno. Es de suponer que Red Shadow les prometiera más dinero, porque les encomendó nuevos trabajos... por ejemplo, vigilar las actividades de Georgia McDonald. ¿Me equivoco?

—No —contestó Bow, violentamente—. Eso no es cierto. Nunca he oído mencionar a esa mujer...

El detective, observó Baxter, un tanto desconcertado, parecía sincero. Claro que en este caso, su trabajo de vigilancia no había sido necesario.

—¿Mencionó otros nombres? —preguntó.

—No. Dijo que ya se pondría en contacto con nosotros.

—Está bien. Voy a decirle lo mismo que a Lita Speall. Váyase de Nueva York.

—Pero ¡maldita sea!, aquí tengo mi trabajo...

—Y aquí tendrá su tumba, si se queda. —Un fajo de billetes voló por los aires y cayó entre las piernas del asombrado Bow—. Nunca podré formular una acusación contra usted, pero, si vuelvo aquí, dentro de veinticuatro horas, y el conserje del edificio no me informa de que se ha marchado de la ciudad, le pegaré cuatro tiros.

Baxter se puso en pie, con el saco del dinero en la mano izquierda.

—Es mi última advertencia —se despidió.

Estaba seguro de que Bow abandonaría la ciudad. No le gustaba aquella solución... Pero quería aislar al asesino.

Red Shadow había perdido a uno de sus colaboradores, Morrows. A otro había tenido que eliminarlo. Los tres restantes desaparecerían. Cuando se encontrase solo, comprendería que había sido descubierto.

Y entonces sería el momento de tenderle una trampa que probase irrefutablemente su culpabilidad.

Una hora más tarde, abrió la puerta de la casa de Morrows.

Inmediatamente, un poco agradable olor asaltó su pituitaria.

Encendió la luz. Rowan seguía atado y amordazado, pero su cadáver despedía ya el hedor de la putrefacción. Al menos, se dijo,

hacía tres días que su cráneo había sido roto por una bala.

En silencio, apagó la luz y cerró la puerta. Aquel hedor, se dijo, no tardaría mucho en delatar la muerte de Rowan.

* * *

Cuando regresó a su casa, bien avanzada la madrugada, se encontró con una sorpresa.

Marilyn Backass estaba hecha un ovillo en el diván.

Parte de sus rizos dorados cubrían su rostro, de encantadores rasgos juveniles. Dormida, parecía una niña...

—No, mejor *La Bella Durmiente del Bosque* —murmuró, a media voz.

De súbito, Marilyn abrió los ojos. Reconoció a Baxter y se despabiló instantáneamente.

—Ya era hora —dijo, a la vez que lanzaba a un lado la manta con que se cubría y se sentaba en el diván.

—Me ha estado esperando —sonrió él.

—Desde las cuatro de la tarde. ¿Dónde se ha metido? En todo el tiempo no he tenido noticias tuyas...

—Yo he estado procurándoselas a usted. Pero ¿por qué no hablamos mejor en la cocina, delante de una buena taza de café?

—De acuerdo.

Marilyn se puso en pie de un salto, bostezó aparatosamente y estiró los brazos, haciendo que las firmes curvas de sus senos jóvenes presionaran contra la tela de su blusa. Vio que Baxter tenía los ojos fijos en aquella atractiva región anatómica y enrojeció fuertemente.

—Deseche pensamientos lascivos de su mente —dijo—. Soy una chica decente.

—Son las que más gustan a los hombres —contestó él, desenvueltamente—. Anda, vamos; tengo muchas cosas que contarte.

—Yo también, Budd.

Entraron en la cocina. Baxter puso la cafetera al fuego y arrojó, dentro, unos cuantos puñados de café.

—Pero si has estado aguardándome tantas horas, será porque tienes algo interesante que contarme —dijo.

—Así es, Budd.

—Marilyn, en casa hay habitación para huéspedes. ¿Por qué no la has utilizado?

—Tim me lo sugirió, pero yo quería aguardarte en el salón. Me di cuenta de que podías volver tarde y si me metía en la cama, no hablaría contigo hasta muy entrada la mañana.

—Entonces, es importante...

—Sí, lo es. Creo que ya he descubierto el nexo común que hay en los tres asesinatos.

—¿De veras?

—No hay duda alguna. Conozco al hombre que lo hizo, por despecho, y porque fue a parar a la cárcel por cinco años, culpable de estafa y malversación de fondos.

Baxter puso tazas y platos sobre la mesa.

—Continúa —solicitó.

—El nombre es James McFarlane, fue abogado y, hará cosa de diez años, se ocupaba de los asuntos legales de una sociedad formada por mi padre, Cogburn y Wixen. Aprovechándose de su puesto, consiguió apoderarse de la mayor parte de los fondos de la sociedad, pero fue descubierto y condenado a ocho años, de los que sólo cumplió cinco, por buena conducta. No me cabe la menor duda de que McFarlane lo hizo por vengarse de los hombres que lo habían enviado a presidio.

Baxter entornó los ojos.

—¿Cómo es posible que no me haya enterado de ese dato hasta ahora? —murmuró.

—Bueno, yo era muy pequeña entonces y no me preocupaba de negocios, como puedes comprender. Pero ayer mismo estuve hablando con el jefe de contabilidad de mi padre y él fue quien me relató la historia. A raíz de la estafa, se disolvió la sociedad. Hubo muchos reproches entre los socios; se echaban las culpas mutuamente por haberse puesto en manos de un desaprensivo y ya no volvieron a dirigirse más la palabra.

—Ahora voy entendiendo —dijo Baxter. El café estaba ya hecho y llenó las tazas—. Quizá McFarlane Consideró que su encarcelamiento era una injusticia...

—Exacto, Budd. Salió hará poco más de un año. Y entonces fue cuando empezó a poner su plan en práctica.

—Sí, pero...

—No caben dudas —exclamó Marilyn, vehemente—. Fue McFarlane. ¡Ése es el asesino!

—Resulta curioso —dijo Baxter—. Y yo que, hasta ahora, había creído que era una mujer...

—¡Una mujer! —Marilyn rió con estridencia—. Es lo más disparatado que he oído en los días de mi vida.

—A menos que esa mujer le haya ayudado a cometer los crímenes.

—Bueno, no tengo nada que oponer a tal posibilidad, pero el culpable principal, insisto en ello, es McFarlane.

Baxter terminó su taza de café.

—Marilyn, quiero hacerte una pregunta —dijo.

—¿Si?

—¿Sabes si McFarlane tenía algún defecto físico que le obligara a cojear?

—No, pero puedo preguntárselo al señor O'Reilly.

Es el jefe de contabilidad que he mencionado...

—Sí, pregúntaselo. Me interesa conocer ese detalle.

Baxter bostezó.

—Estoy muerto de sueño —añadió.

Koye, con bata y pijama, asomó en aquel instante.

—He oído voces... ¿Necesitan algo de mí? —se ofreció.

—Nada, Tim —contestó Baxter—, excepto que enseñes a la señorita Backass el camino del cuarto de huéspedes.

—Sí, señor.

Marilyn frunció el ceño.

—Budd, creo haberte oído decir que tenías muchas cosas que contarme —le reprochó.

—Otro rato, preciosa; ahora me estoy cayendo de sueño...

Cinco minutos más tarde, Baxter dormía como un tronco. Pero, reservadamente, había indicado a Koye que le despertase a las nueve de la mañana.

CAPÍTULO X

Eran las diez cuando Baxter detuvo el coche frente a la verja de acceso a la residencia de Georgia McDonald. Un hombre, con sombrero de paja, camisa a cuadros y pantalones de peto, se acercó a la entrada.

—Dispense, señor —dijo, después de abrir—. El mecanismo se ha estropeado y la puerta sólo se puede abrir manualmente. Hemos avisado al electricista...

—Gracias, no se preocupe. Usted es el jardinero —sonrió Baxter.

—Sí, señor, Tom Lawrence, para servirle.

—Encantado, Tom.

Baxter reparó en los gruesos guantes con que Lawrence se cubría las manos y las enormes tijeras que tenía en la derecha.

—Estoy podando los rosales, señor.

—Sí, es la época.

Baxter avanzó, con el coche, hasta la casa. Georgia salió a recibirle a la terraza delantera.

—No te esperaba hoy, y menos tan pronto —dijo.

—Tengo que hablar contigo —respondió él.

—Muy bien. El día es estupendo y acabo de levantarme. Si no te importa, ¿quieres acompañarme a desayunar?

—Me conformo con una taza de café, gracias.

Momentos después, estaban sentados frente a frente, a ambos lados de una mesa bien provista. Elisa llegó momentos después, con un nuevo cubierto.

—Me imagino que el señor querrá tomar también un poco de café —dijo cortésmente.

—En efecto —contestó Baxter.

Elisa se mantenía muy seria. Llenó las tazas, dejó la cafetera y se

retiró discretamente.

—¿Y bien? —exclamó Georgia, al quedarse a solas—. ¿Qué es lo que tenías que decirme? Será importante, supongo.

—¿Cuánto dinero has sacado del Banco? —preguntó Baxter, con la taza y el plato en la mano izquierda y la cucharilla en la derecha.

—Ya llevo casi setenta mil... Estoy haciendo lo que me dijiste, Budd —respondió Georgia.

—No te lo reprocho. En todo caso, si ocurriera algo, la culpa es mía.

—No entiendo...

Baxter tomó unos sorbos de café y dejó la taza a un lado.

—Alguien está enterado de que guardas el dinero en los colchones neumáticos.

Georgia se puso una mano en el pecho.

—¿Quién es?

—Calma, no te asustes ni te lles mal rato. Por ahora, no pasa nada. Simplemente, cometí un error al indicarte ese escondite. Pero ya lo corregiremos. Ahora, dime una cosa. Tienes un «Volkswagen»...

—Sí. Lo compré, en parte por capricho, en parte por ayudar a un antiguo conocido, vendedor de automóviles, que así se ganó una comisión. Yo uso siempre un «Cadillac». No es por nada, pero me gusta más.

—Es del país —sonrió Baxter—. Ahora, por tanto, ya no usas el «Volkswagen».

—¡Oh, me parecería estar dentro de una armadura...! Me sentía incómoda, casi con claustrofobia, y eso que le bajaba la capota... Realmente, ya no lo utilizo.

—Lo emplea tu doncella.

—Sí. Y también Tom, el jardinero, si tiene que ir a comprar alguna cosa... Hasta la mujer de la limpieza lo ha utilizado, en ocasiones. Pero, Budd, no comprendo a qué viene...

—Nada, no te preocupes. Tú dijiste, una vez, que te sentías vigilada y yo quiero saber datos de las personas que te rodean. ¿Cuánto tiempo hace que está Elisa contigo?

—¡Oh! Un año, semana más, semana menos... Es muy buena, discreta y eficiente... Yo confío plenamente en ella, Budd.

—La tienes hace un año... ¿Recuerdas si cojeaba, cuando entró a

tu servicio?

—Un poco... Me dijo que había sufrido un esguince, pero se repuso enseguida.

—Gracias. ¿Qué me dices del jardinero?

—También lleva un año, quizá cuatro o cinco semanas más, no podría decirte la fecha con exactitud, viene un par de veces por semana, a veces tres, según le parece. Le pago una cantidad fija... Es un buen hombre, muy reservado. Tampoco tengo queja de él. Además, si es preciso, hace pequeños trabajos de fontanería y electricidad en la casa...

—Pero no pernocta aquí.

—No, desde luego. Vive en... —Georgia se mordió los labios—. Lo tengo anotado por alguna parte. ¿Quieres que busque su dirección?

Baxter sonrió. Lawrence estaba acucillado, revisando, al parecer, una de las bocas de riego por aspersión.

—¿Para qué? En todo caso, se lo preguntaría a él. Dime algo de la mujer de la limpieza.

—Ah, la señora Slade... Una persona excelente, también muy activa. No se lleva muy bien con Elisa, pero, supongo, se debe a la diferencia de edad. La señora Slade tiene casi cincuenta años y es lógico que vea el mundo de una forma distinta que Elisa. De todos modos, la sangre no llega nunca al río... ¿Satisfecho, señor curioso?

—Desde luego. ¿Has encargado los sabuesos?

—Sí, ya han empezado a amaestrarlos... Pronto tendré que ir yo para que se acostumbren a mi presencia...

De pronto, Baxter, se puso en pie.

Las cortinas del gran ventanal que daba a la terraza estaban corridas. Baxter dio un par de saltos, abrió la puerta y asomó la cabeza al interior.

Con gesto preocupado, se mordió el labio inferior. Regresó junto a Georgia y volvió a sentarse.

—¿Qué pasa, Budd? —preguntó Georgia, extrañada.

—Me pareció que alguien nos espiaba desde el otro lado de las cortinas...

—Por favor —dijo la dueña de la casa—. Estamos a la vista de todos, en la terraza; no hacemos nada que deba permanecer oculto...

—A pesar de todo. ¿Quién hay ahora en la casa?

—Elisa y la señora Slade. Budd, no tolero que dudes de ellas —dijo Georgia, muy enfadada.

—Se han cometido tres asesinatos —contestó él, gravemente—. Aunque, a decir verdad, la cifra exacta es de cinco. Dos de los colaboradores de tu chantajista han sido muertos por éste, porque ya no confiaba en ellos. Un tercero murió, después de haber intentado atacarme.

Georgia se puso una mano sobre el pecho.

—Budd, no me asustes...

—Es preciso que te enfrentes con la verdad —contesto él—. Voy a marcharme, pero volveré a la noche, sin que nadie lo sepa.

Tomó la mano de la joven y la palmeó afectuosamente.

—Tranquila, Georgia —dijo sonriendo—. No ocurrirá nada.

—Si tú lo dices... Oye, ¿qué hago con el dinero? ¿Dónde lo guardo?

Baxter meditó un segundo.

—Déjalo donde está —respondió, al fin—. A la noche te indicaré yo otro escondite...

Lawrence se acercó en aquel momento, con el sombrero en la mano.

—Señora, esa boca de riego es defectuosa y no puedo utilizarla. Si no le importa, iré a la ferretería a comprar otra. De paso, veré a ver si tienen la pieza que falta en el mecanismo de la verja de entrada. El electricista no ha llegado todavía y dudo mucho de que acuda ya.

—Muy bien, Tom; como guste. Si lo desea, puede llevarse el coche pequeño.

—Gracias, señora.

Lawrence dirigió una inclinación de cabeza al joven y se alejó.

—Es un hombre muy correcto —calificó Georgia, refiriéndose al jardinero—. Amable, servicial y discreto...

—¿Varonil, también? —bromeó él.

—Budd, no digas tonterías. Es mi empleado.

—No quise enojarte. —Baxter se inclinó y besó la mejilla izquierda de Georgia. Mientras lo hacía, miró hacia el ventanal. Una cortina había sido descorrida ligeramente, pero, en el mismo instante, cayó de nuevo—. Volveré a la noche y no te avisaré —

añadió, con un susurro.

—De acuerdo.

* * *

—Pareces un fantasma —dijo Marilyn—. Entrás, sales, apareces, desapareces... Pensé que estarías en la cama hasta el mediodía...

—Tuve que hacer algo indispensable —contestó él a la vez que echaba un vistazo al reloj—. Tim, ¿puedes prepararnos el almuerzo?

—Sí, señor.

Koye se retiró. Marilyn puso las manos en las caderas.

—Bueno, aún no me has contestado nada...

—Sigo en el asunto, es todo lo que puedo decirte. Pero tú también tienes que trabajar.

—Si me dices lo que debo hacer...

—Ve a la oficina de Gray, y habla con él. Pídele, de mi parte, que te busque todo lo que haya sobre McFarlane. Tráemelo mañana. Si no estuviera yo, déjaselo a Tim.

—Está bien. ¿Algo más?

—Eso es todo.

Marilyn agarró el bolso y se marchó. Koye asomó, instantes después.

—Encuentro raro que el señor no haya usado sus líneas directas para comunicarse con el señor Gray —comentó.

—Tim, a veces es conveniente espantar a un moscón, enseñándole un pastel mejor que el que tiene a la vista.

—La señorita Marilyn no es precisamente un moscón, señor —rió el criado.

—Lo sé, pero yo me he pasado la noche casi en vela y esta noche tendré que estar también levantado. Por lo tanto, con la señorita Marilyn aquí, figando continuamente, no hubiera podido hacer lo que más me conviene en estos momentos: almorzar y dormir hasta que me despierte. Si no me despierto yo, tú lo harás a las nueve en punto. ¿Entendido?

—Sí, señor.

A las diez de aquella misma noche, Baxter detenía su coche a unos doscientos metros de la residencia de Georgia, en una calle transversal. Caminó tranquilamente, con el aspecto de un

transeúnte inofensivo y luego buscó la parte posterior del recinto tapiado.

Se preguntó si habrían reparado ya la alarma. Por lo que sabía, el mecanismo automático estaba conectado con la alarma. Incluso, en pleno día, podían producirse asaltos en aquellas residencias de lujo. Cuando, después de un ágil salto, quedó colgado con ambas manos del borde de la tapia, y no percibió el estridor de ningún timbre, supo que Lawrence no había podido encontrar la pieza averiada.

Instantes después, saltaba al interior. Las cosas, se dijo, hubieran resultado muy distintas, si Georgia hubiera tenido un par de canes. Una mujer demasiado confiada, calificó mentalmente.

Paso a paso, avanzó hacia la casa. Había algunas luces encendidas todavía. Cautelosamente, buscó la ventana del dormitorio, levantó el bastidor y penetró en el interior.

Georgia llegó media hora más tarde. Fue, primero, al baño y luego regresó, sentándose ante el tocador. Entonces fue cuando, al mirarse al espejo, vio detrás de sí la silueta de un hombre.

—No grites, soy yo —dijo Baxter.

—Por el amor de Dios, Budd... —jadeó ella, con una mano sobre el pecho—. ¿Cómo eres capaz de darme estos sustos? ¿Por qué no me has avisado antes?

—No quería que nadie conociese mi presencia en la casa —respondió él.

—Estoy sola...

—¿Ha salido Elisa?

—No, ella duerme en su habitación, al otro lado.

—Bien, no te preocupes. Ya estoy aquí. Si quieres, volveré la cabeza.

—Budd, no me importa desvestirme delante de ti —protestó Georgia, cariñosamente.

—¡Oh! Yo me refería a la sesión de desmaquillaje y otras cosas —contestó el joven, malicioso—. A ninguna dama le gusta se conozcan sus secretos de tocador, me parece.

—Merecías que te diese una bofetada...

Baxter se apoderó de la mano de Georgia y depositó en la palma un cálido beso.

—Te lo permitiré en otro momento —aseguró.

CAPÍTULO XI

El silencio era absoluto. Georgia dormía sobre la cama. Baxter, con la luz apagada, estaba sentado junto a la ventana, observando el jardín, bañado por la luz de la luna. Se preguntó si su vigilia daría algún resultado positivo.

Las horas transcurrían lentamente. A la madrugada, Baxter, sin poder contenerse, dio una cabezada.

Durante unos segundos, permaneció en una especie de limbo, dormido y despierto a un tiempo, con los sentidos completamente anulados. De pronto, se despertó sobresaltado.

En alguna parte había sonado una puerta, bien al abrirse, bien al cerrarse. Consultó el reloj de pulsera. Todavía no eran las cinco de la mañana. Demasiado pronto para la doncella.

Lentamente, se puso en pie. Estaba en mangas de camisa y llevaba zapatos blandos, estilo mocasín. Muy despacio, abrió la puerta del dormitorio. A través del techo encristalado, penetraban los rayos lunares, reflejándose en la quieta superficie de las aguas de la piscina.

Al otro lado, alguien cerraba cuidadosamente la puerta que permitía el paso desde el jardín. El hombre terminó de cerrar, giró sobre sus talones y empezó a caminar por el borde de la piscina. Cuando estaba a mitad de camino, Baxter movió un interruptor y un torrente de luz brotó repentinamente, de las alturas.

El intruso se detuvo en seco, tremendamente sorprendido.

Baxter no se sorprendió menos. Ciertamente, aquel individuo no era, no podía ser, James McFarlane.

Aunque llevaba el cráneo rasurado y tenía un vago aspecto de oriental, supo enseguida que no lo era. El sujeto se afeitaba las cejas de un modo especial, que parecía hacer oblicuos unos ojos

caucásicos. Pero su volumen físico y su potencia muscular eran impresionantes.

Baxter sonrió. Alargó la mano y frotó significativamente el pulgar contra el índice.

—¿Cuánto? —preguntó.

El hércules sacó el pecho.

—Te enterarás en el otro mundo —contestó.

Y, de súbito, echó la mano atrás y sacó algo, que centelleó fulgurantemente por los aires.

Baxter se echó a un lado. El cuchillo se clavó en la madera de la puerta. Un segundo después, tuvo que lanzarse al costado opuesto. El sujeto había lanzado un segundo chillido, con no menor rapidez. Baxter se preguntó si la provisión de cuchillos del asesino sería inagotable.

El hombre echó a correr, de pronto, hacia él. Baxter se puso en pie de un salto. Cuando el pelado cráneo de su atacante estaba a punto de alcanzar el blanco deseado, su tórax, dio un paso atrás, retirándose lo justo para evitar el terrible impacto de una mole de más de cien kilos, lanzada con ímpetu irresistible.

Al mismo tiempo, bajó la mano derecha. El filo golpeó un carnoso cuello. Se oyó un bufido. El hombre dio un salto convulsivo y cayó al suelo cuan largo era.

Baxter se acercó a él. De súbito, dos pies se dispararon hacia arriba con indescriptible potencia. El hércules, apoyado en ambas manos, había lanzado un doble golpe, que alcanzó parcialmente su blanco. Baxter, sorprendido, cayó de espaldas, pero conservó la serenidad suficiente para dar una voltereta sobre sí mismo y levantarse mediante un ágil salto.

Una puerta se abrió. Georgia, con camisón y bata, contemplaba la escena con ojos de pasmo. Detrás de ella, a los pocos segundos, apareció Elisa.

El asesino se acercó a Baxter, moviendo las dos manos alternativamente, dispuesto para emplear los filos. De súbito, saltó, volteó de costado y disparó su pie derecho con enorme potencia.

Baxter saltó a un lado. Su mano golpeó implacablemente la pierna del hércules, cuando estaba en el aire. Se oyó una especie de gemido. Antes de que el intruso pudiera recuperarse por completo, Baxter le arreó un tremendo puntapié en el estómago.

El golpe era muy fuerte. El gigante se tambaleó. Baxter fingió atacar con la mano izquierda, pero golpeó de nuevo con el mismo pie. Esta vez, el gigante abrió los brazos y saltó hacia atrás, para hundirse en la piscina con gran explosión de espumas.

Inmediatamente, Baxter agarró con ambas manos una de las sillas de hierro que había en la terraza interior. Cuando el gigante ponía las manos en el borde, para salir fuera, le golpeó en la frente con una de las patas.

El intruso cayó hacia atrás. Tragó agua y emergió, gorgoteando furiosamente. Volvió al borde, pero Baxter, inflexible, continuó acosándolo. Cuando el enorme individuo empezó a nadar, en busca de otro sitio más favorable, Baxter le persiguió implacablemente. De repente, se le ocurrió una idea.

—Georgia, busca un martillo, rápido —pidió.

—Yo iré, señora —se ofreció la doncella.

Mientras tanto, Baxter procuraba evitar que el gigante saliera del agua. Poco después, Elisa corría hacia él, con el martillo en la mano.

—Aquí tiene...

—Gracias. Enciende las luces de la piscina, rápido...

Lo hizo Georgia. Bajo el agua, se encendió una larga hilera de lámparas multicolores, que contorneaban por completo el enorme cuenco repleto de líquido. Baxter se arrodilló, con el martillo a ras de agua, y los ojos fijos en el gigante, que se mantenía nadando a un par de metros de la orilla.

—Amigo, estás perdido —dijo—. Vas a contestar a mis preguntas...

—¿De veras? —rió el enorme sujeto—. ¿Piensa golpearme con ese martillo de juguete?

—No. Voy a romper unas cuantas lámparas. La corriente se propagará a través del agua y tú morirás electrocutado.

* * *

Georgia se tapó la boca con una mano. Elisa contuvo un grito, mientras que el intruso se ponía lívido.

—Diablos, no será capaz... Usted también...

—La sacudida será mucho menos fuerte. Tú estás rodeado

completamente de agua. Vamos, decídete.

—Bueno, ¿qué va a sacar de mí? Me contrataron, eso es todo.

—Y no conoces al que te contrató.

—No. Bueno, no le había visto nunca.

—Apuesto a que es alto, moreno, usa gafas y bigote, ¿verdad?

—Sí... ¿Lo conoce?

—¡Estúpido! ¿Quieres que rompa la primera bombilla?

—Bueno, lo cierto es que no le había conocido hasta hoy. Me dio dos mil pavos y dijo que liquidase a... —el gigante volvió la vista hacia las mujeres que permanecían en pie, junto al borde de la piscina—. ¿Cuál de las dos es la dueña?

Baxter señaló a Elisa.

—Ahí la tienes —indicó.

—Bueno, pues a ésa... Sólo tenía que romperle el cuello, ni se hubiera enterado...

—¡Canalla! —gritó Elisa.

—Señora, uno tiene que ganarse la vida... —dijo el asesino, cínicamente.

—Sí, quitándosela a los demás. Vamos, Cabeza Pelada, dime cómo era el sujeto que te contrató en el Kuppie's

—exigió Baxter.

—Lo sabe todo —resopló el gigante.

—Menos tu nombre.

—Kratt, Baldy Kratt.

—Sí, claro, el nombre cuadra muy bien con tu cabeza —dijo Baxter—. De modo que dos mil dólares.

Kratt hizo un gesto ambiguo.

—Ya no lo puedo negar. Pero na conseguirán nada si me acusan...

—No te preocupes, Baldy. Elisa, anda, llama a la policía.

—Me soltarán enseguida.

—Eso es lo que crees. Georgia, trae aquí un par de pendientes y alguna joya, y tíralos al agua. En el bolsillo de ese pájaro, encontraremos dos mil dólares. Se los ha dado un tipo que tiene una horrible cicatriz en la mejilla izquierda y que, además, es cojo, pero diremos que el dinero es tuyo y que lo robó de la casa. —Baxter meneó la cabeza—. No vas a salir tan bien librado como crees,

Baldy.

Kratt apretó los labios.

—De acuerdo, pero déjeme salir... Me estoy enfriando...

—El agua está caliente. Es una piscina climatizada.

Georgia volvió a los pocos instantes. Dos pendientes, un collar y una sortija chapotearon antes de hundirse en el agua.

Baxter sonrió.

—Diré que te sorprendí con ellos en la mano y que se te cayeron cuando te arrojé a la piscina. Georgia, este tipo se queja de que el agua está fría —añadió.

—No tenía ganas de bañarme, así que apagué el calefactor —respondió la dueña de la casa.

Elisa apareció en aquel momento.

—Ya he avisado a la policía —informó.

Baxter miró burlonamente al hombre que se esforzaba por mantenerse a flote.

—No tardarás mucho en añorar este baño —vaticinó.

Kratt estornudó con fuerza. Las dos mujeres rompieron a reír al unísono. Luego, Georgia se acercó al joven y le hizo una pregunta en voz baja:

—Parece que has localizado al asesino, ¿no es cierto?

—Sí —contestó Baxter.

—¿Cómo lo has logrado?

—Querida, el mayor mérito ha sido tuyo. El asesino citó los nombres de tres de sus víctimas, a fin de impresionarte y conseguir que pagases la suma exigida. Entonces dijimos que el terror era su escudo, el miedo que inspiraba, porque contaba que ese miedo te haría ceder a sus pretensiones. Pero cuando decidiste avisarme, se inició su derrota.

—Y sólo falta la culminación...

—Cuando lo desenmascare —respondió Baxter, mientras se oía ya el alarido de una sirena policial que se acercaba a la residencia.

CAPÍTULO XII

Tuckey Wilkins contempló con estupefacción el lujoso «Rolls Royce» que se había detenido ante la entrada de su barracón. Tim Koye parecía una estatua, con la mano derecha en la portezuela y la gorra de uniforme en la izquierda.

—Oiga, joven, esa persona a la que busca no soy yo. El señor Baxter dijo que enviaba un coche a buscarme...

—Perdón, señor, pero ¿el señor no es el señor Wilkins? —preguntó Koye, muy tieso.

—Así me llamo desde que nací, pero...

—Por favor, señor; tengo orden de llevarle a usted, y a su perro, a determinado lugar. El señor Baxter me ha dado también instrucciones para usted y que yo repetiré durante el viaje, señor.

—Basta ya de «señor», muchacho, o me dará dolor de estómago. Me llamo Tuckey, ¿lo has oído?

—Sí, señor. Por favor, señor...

Wilkins alzó los ojos al cielo.

—Es inútil —dijo. Echó a andar—. Vamos, «Dan».

Amo y perro se acomodaron en el asiento posterior. Koye cerró la portezuela y se apresuró a ocupar su asiento. Wilkins, estupefacto, contemplaba el lujoso interior del automóvil, que olía a madera cara y cuero de calidad.

—Esto sí que es vida —murmuró—. Y ese muchacho, Budd, parecía tan sencillo...

De pronto, oyó una voz:

—Señor Wilkins, tenga la bondad de escucharme.

—¡Eh, quién me está hablando! —chilló el viejo.

—Soy yo, señor, el chófer. Por favor, le ruego que me escuche. El señor Baxter tiene un interés especial que cumpla usted sus

instrucciones al pie de la letra.

Wilkins se arrellanó en el asiento. Sacó la vieja pipa de saúco, y empezó a cargarla.

—Adelante, muchacho, soy todo oídos —dijo con aire de satisfacción.

«Dan», a su lado, le miraba cariñosamente. Wilkins escuchó con toda atención las palabras de Koye, envuelto en las azules nubes de humo que se desprendían de su pipa. Cuando Koye hubo terminado su parlamento, acarició la cabeza del perro y dijo:

—El señor Baxter puede estar seguro. Sabremos cumplir con nuestro deber, como dijo alguien.

—El almirante Nelson, señor.

—¿Nelson? ¿Un almirante? Pues mire, joven, yo creí que había sido

Mata-Hari

cuando el Estado Mayor alemán le encargó acostarse con un general francés para sonsacarle los planos de la próxima batalla.

* * *

Durante unos segundos, Baxter, con las manos a la espalda, permaneció contemplando la labor del jardinero, muy ocupado en ahuecar la tierra de unos macizos de flores. Lawrence se dio cuenta de la observación de que era objeto y se irguió.

—¿Puedo serle útil en algo, señor? —se ofreció, cortés.

—¡Oh, no, no necesito nada, muchas gracias! Ya he visto que la verja eléctrica ha sido reparada...

—Tuve que hacerlo yo, señor. El electricista no se ha dignado acudir todavía.

—Sí, hoy día es más difícil traer a casa a un electricista que al Presidente —rió Baxter—. Gracias, Tom.

—A usted, señor.

Baxter continuó su camino hacia la terraza, situada a pocos pasos de distancia. Elisa salía, en aquel momento, con una bandeja en las manos. Georgia se hallaba sentada bajo una sombrilla.

—El tiempo cambiará pronto —dijo Baxter, a la vez que se sentaba frente a la dueña de la casa—. Ya estamos en el otoño... —Elisa había servido el café y ya iniciaba la acción de retirarse, pero

el joven la detuvo con un ademán—. No, no se vaya; quiero que escuche algo interesante.

Elisa pareció sorprenderse. Con la vista, hizo una consulta muda a la dueña de la casa. Georgia asintió.

—Haga lo que le diga el señor Baxter —dijo.

—Sí, señora.

Baxter se arrellanó en el sillón, sacó cigarrillos, encendió uno, exhaló la primera bocanada de humo, con aire placentero, y empezó a hablar:

—Hace cosa de un año, un individuo llamado Mark Cogburn fue asesinado, después de haber entregado una crecida cantidad de dinero, que le había sido exigida por cierta persona, bajo la amenaza de la vida. Cogburn, sin embargo, era un sujeto valeroso y quiso evitar el despojo, mediante una pistola, que si bien disparó, no consiguió los objetivos propuestos, ya que sólo hirió a la persona que le había pedido el dinero. Pero, aun así, esa persona pudo ahorcar a Cogburn de la rama de un árbol. Tenía que ser muy fuerte, ya que Cogburn estaba caído en el suelo, inconsciente y, créanme, izar a un hombre en estas condiciones, hasta la rama de un árbol, no es cosa tan sencilla como parece.

»Bien, el caso es que Cogburn murió y, meses más tarde, otro personaje llamado Backass recibió una carta análoga. Pagó y murió a tiros, y lo mismo sucedió con un tal Wixen, no hace demasiados días, y bastante cerca de esta casa, aunque Wixen murió a consecuencia de una explosión. En los tres asesinatos, se empleó un procedimiento distinto, a fin de crear confusión en los encargados de resolver el caso.

»Por lo visto, el asesino había tomado gusto a un procedimiento tan sencillo para obtener dinero, ya que, hasta ahora, había conseguido una suma próxima al millón de dólares. Bien es cierto que había pagado generosamente a sus secuaces, los encargados de proporcionarles informes sobre sus víctimas... y hasta de matar a alguien, si se terciaba, como estuvo a punto de sucederme a mí en una ocasión. Pero esos gastos, aun siendo elevados, le habían dejado unos beneficios líquidos de casi tres cuartos de millón. Y, por lo que se ve, no tenía bastante, ya que pidió a la señora McDonald la cantidad de trescientos mil dólares, bajo amenaza de la vida y citando como ejemplo los tres casos ya relatados. Era una

forma de indicarle que debía pagar o, de lo contrario, moriría.

Baxter sacudió, con displicencia, la ceniza de su cigarrillo y prosiguió:

—He estado investigando y ello me ha hecho llegar a varias conclusiones. Como he dicho antes, Cogburn hirió al asesino, aunque no evitó su propia muerte. Ahora bien, después de cometido el crimen, el asesino necesitaba curarse. Esa misma madrugada, un médico llamado LeFars atendió a una persona herida, de bala, y le extrajo un proyectil incrustado en el muslo izquierdo. LeFars era un médico venal y tenía un cuarto secreto en su casa, donde hospitalizaba a ciertos pacientes que no sentían el menor deseo de ser investigados por la policía. El herido había perdido bastante sangre y permaneció dos semanas en casa del doctor LeFars, hasta que, repuesto, pudo marcharse. LeFars fue asesinado para que no declarase la identidad de su paciente. Y ahí, en esa muerte, reside la clave de todo el asunto. Porque sólo una persona pudo cometer ese crimen, de las dos sospechosas que han quedado, después de eliminar a cuantas, más o menos, podían tener relación con el caso.

—¿Quiénes son, Budd? —exclamó Georgia.

Los ojos de Baxter estaban fijos en Elisa, cuyo rostro aparecía encendido de una manera muy extraña.

—Elisa, levántate la falda y enseña ña cicatriz del muslo —ordenó.

—¡Obedezca! —gritó Georgia.

Hubo un instante de silencio: Luego, Elisa, desdeñosamente, se subió la falda. La cicatriz apareció a la vista.

—Entonces, es ella... —dijo Georgia.

—Es uno de los dos sospechosos. El otro es tu jardinero. ¡Tom!

Lawrence estaba a media docena de pasos de distancia. Baxter sabía que había oído perfectamente cuanto se había hablado en la terraza.

—Acérquese —ordenó el joven.

Lawrence subió las escaleras con paso renuente.

—¿Va a acusarme de esos crímenes, señor?

—Voy a determinar si usted es el culpable, o si lo es Georgia, porque usted también es sospechoso. También usa el «Volkswagen» de la señora y un vehículo de esa marca fue visto la noche en que murió Cogburn y en el lugar del crimen. Es más, hay un testigo que

oyó el disparo y vio al asesino alejarse cojeando, después de haber ahorcado a su víctima. Porque usted, Lawrence, no se llama así, sino McFarlane... y ha estado cinco años en presidio, donde se aprendan algunos oficios manuales, tales como fontanería, electricidad... y esta noche, no sólo yo mismo, sino también otra persona, entró en la residencia, porque no funcionaba la alarma, estropeada deliberadamente.

»Ahora bien, el frustrado asesino, que ya está en manos de la policía, acusado de robo, porque no se le podía probar otro delito, declaró haber sido contratado por un sujeto que cojeaba y tenía una enorme cicatriz en la mejilla izquierda. La cicatriz era maquillaje y la cojera era fingida. Pero usted, Lawrence-McFarlane, no aprendió jardinería en la cárcel. De lo contrario, no habría cometido el enorme error del otro día.

—¿Qué error? —preguntó el sujeto con aire desafiante.

—Usted dijo que estaba podando los rosales. Aunque puede hacerse en cualquier época del año, un jardinero que se precie de tal poda los rosales en primavera. Debiera haber aprendido su oficio un poco mejor; esta clase de errores suelen resultar fatales, cuando se investigan casos de asesinato.

—Suponiendo que ya tenga algo que ver con esos casos —dijo el sospechoso.

—Eso lo sabremos muy pronto, y digo que lo sabremos, porque el que mató a Cogburn perdió algo en el lugar del crimen y lo encontró una persona que vivía en las inmediaciones, el testigo que he mencionado hace unos momentos. Esa persona tiene un perro, provisto de un magnífico olfato, y durante un año ha estado olisqueando un pañuelo que se le cayó al asesino en su forcejeo con Cogburn. Se secó el sudor y creyó que se lo echaba al bolsillo, pero, en realidad, cayó al suelo. Ahora, Elisa y usted están sudando. El olor de la transpiración es diferente en los dos.

Baxter alzó una mano y gritó:

—¡Tuckey! ¡Traiga a «Dan»!

La puerta de la terraza se abrió. Wilkins apareció con el perro, sujeto por una correa. En el mismo instante, el jardinero dio media vuelta y echó a correr.

—¡Es él! —chilló Georgia.

Mientras corría, el jardinero sacó una pistola.

—¡No lo haga! —gritó Baxter.

Varios hombres de uniforme aparecieron en la entrada del jardín. McFarlane, enloquecido, disparó un tiro. Sonaron varios disparos. Un cuerpo humano cayó al suelo.

Baxter contempló, unos instantes, la figura que yacía sobre la hierba, hecha un ovillo. Luego se inclinó y acarició la cabeza del perro.

* * *

—No había tal pañuelo, pero sí sudaban los dos —dijo Baxter más tarde, con los ojos fijos en Elisa—. Lo que me confundió fue el hecho de que la señora LeFars dijera que el herido que permaneció dos semanas en su casa fuese una mujer. McFarlane se curó por sí mismo, la bala produjo en su pierna un hondo rasguño, pero no se quedó incrustada en la carne. Elisa, sin embargo, nos dirá por qué recurrió a los servicios del doctor LeFars.

—Bueno... —dijo la doncella, de mala gana—, yo tenía un novio... muy celoso, con muy malas pulgas. El fue quien asesinó a LeFars, para robarle el dinero. A los pocos días, lo mataron en una pelea tabernaria. Pero yo conocía al doctor LeFars y quise evitarme jaleos con la policía. Había pasado dos años en la cárcel, por robo, y estaba en libertad bajo palabra. Me habría costado un disgusto... Así que fui como pude a casa de LeFars y estuve allí dos semanas.

—Eres fuerte —dijo Baxter—. Aunque perdieses demasiada sangre, me parece que estuviste un tiempo excesivo en la casa del médico.

—Se juntó todo: la hemorragia de la bala... y cierta pérdida de sangre mensual.

—¡Oh...! Lo siento, Elisa. Siento haberte dado este disgusto, pero era necesario.

—Es decir; sospechabas de mí...

—En un principio, sí, lo admito; hasta que mencionaron el nombre de McFarlane. Hace diez años, cometió una importante estafa y fue a la cárcel. Hay personas que aceptan una situación semejante, resignadamente, sabedoras de que han cometido un delito. Otras, en cambio, padecen cierto complejo que las lleva a creer culpables de su desgracia a los otros. McFarlane tenía esa

cualidad y decidió vengarse, sin contar que, muy posiblemente, tuviera algo de razón, ya que sabía la existencia de unos documentos que podían haber rebajado su sentencia. Esos documentos estaban en poder de Wixen, quien quiso rescatarlos... y se encontró con una bomba que, literalmente, le explotó en plena cara.

»Cuando conocí el nombre de McFarlane, empecé a investigar en esa dirección. A McFarlane le perdió la ambición. Había visto lo fácil que era conseguir dinero y quiso más. Contra ti, Georgia, no tenía nada de particular, salvo que podías entregarle trescientos mil dólares, para salvar su vida. El se escudaba en el miedo que podían infundirte las tres muertes ya ocurridas... Pero fracasó, en el momento en que me lo comunicaste. Lo demás, los asesinatos de Rowan y de Evans, no eran sino tapones que no podían cubrir todas las vías de agua que ya se habían producido en sus planes. Naturalmente, también me confundió el hecho de que un mismo Volkswagen fuese utilizado por dos personas.

—¡Lo venderé inmediatamente! —exclamó Georgia, furiosa.

—No te quejes. Estás agradablemente viva y conservas integra tu fortuna.

—Lo cual no es poco, señora —intervino Wilkins, socarronamente.

—Bueno, bien mirado... —Georgia remoloneó un poco—. Pero me parece que entre tú y Elisa... Ella te ha tuteado...

—Habrán sido los nervios —dijo Baxter con naturalidad.

—Sí, señor —concordó Elisa—. Le ruego que me dispense...

—¡Bah! No tiene importancia. Georgia, tu doncella es una buena chica. No la dejes escapar.

Baxter se puso en pie.

—Tuckey, el coche nos aguarda —dijo.

—Vámonos, muchacho —rió Wilkins.

—Espera un momento, Budd —exclamó Georgia—. ¿Qué vas a hacer con el dinero que has rescatado?

Baxter fijó la vista un instante en el simpático rostro del anciano.

—A los familiares de las víctimas no les importará perder unos miles de dólares —contestó—. A Tuckey le vendrán muy bien, para establecerse en su ciudad natal, allá en los Ozarks de Arkansas. ¿No

es cierto?

—¡Oh, ya lo creo! «Dan» y yo nos iremos en cuanto podamos...

—No tardarán mucho —aseguró el joven.

Cuando ya cruzaban el jardín, Elisa corrió y le dio alcance.

—Budd, no sé qué decirte...

Baxter la miró un instante. Sonrió.

—No me digas nada —contestó—. Si fuiste pecadora, he sabido corregirte y eso es muy importante.

—No volveremos a vernos —murmuró ella, tristemente.

Baxter miró hacia la terraza. Georgia estaba en pie, con la cara muy seria.

—No, creo que no volveremos a vernos —se despidió.

Cuando llegó a su casa, Marilyn estaba aguardándole.

—Celebro que hayas llegado —dijo—. No quería marcharme sin despedirme de ti. Mi prometido me espera... Vamos a casarnos hoy mismo...

—Felicidades, Marilyn.

—Gracias. Es un chico muy simpático y...

—McFarlane ha muerto —dijo Baxter.

—Lo siento —contestó fríamente—. Adiós, Budd.

La chica se marchó a la carrera. Baxter y Koye cambiaron una mirada.

—Yo creí que tendría interés en conocer al final de la historia —dijo el primero.

—La señorita Marilyn sólo tiene interés, ahora, en principiar otra historia, señor —respondió Koye, filosóficamente.

—Sí, para ella es mucho más importante —suspiró Baxter.

Se sentó en el diván y movió una mano.

—Tim, por favor, una copa de ese excelente licor de la Wilkins —pidió—. Vamos a brindar a la salud de un viejo y un perro, que ahora podrán pasearse por los bosques.

—Una vida envidiable, si me lo permite, señor —dijo Koye.

—Para ellos, la mejor —aseguró Baxter.

El escudo del asesino había saltado en mil pedazos. Pero ¿cuántos asesinos había que se protegían con mucha mayor eficacia que McFarlane?

Mientras pudiera, procuraría romper todos los escudos que se pusieran a su alcance.

FIN



LUIS
GARCÍA
LECHA.

Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.